

JESSE DAY & KRIS BUENDIA

A+

RELATOS ERÓTICOS DE UN PROFESOR

+18

JESSE DAY
&
KRIS BUENDIA

A⁺

RELATOS ERÓTICOS DE UN PROFESOR
+18

A⁺

JESSE DAY
&
KRIS BUENDIA



Copyright © 2017 Kris Buendia & Jesse Day.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Enero 2017.

RELATOS ERÓTICOS DE UN PROFESOR

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Maquetación y Corrección: EDICIONES K.



¿Sabes lo que es tener una doble vida?

Yo soy Thomas Blake y seré tu profesor de historia. NO PREGUNTES POR MIS HÁBITOS SEXUALES....O TE PUEDO ASUSTAR, pero si insistes, tienes que ser mi alumna... ven, te sentarás frente a mí, con tu libreta lista en una hoja en blanco, la pluma en la comisura de tu boca y las piernas bien abiertas... ¿Estás lista?

ÍNDICE

MASTURBÁNDOLA
NOCHE BUENA
NOCHE BUENA VOL2
LA BIBLIOTECA
LA CERVEZA
UN POCO DE AYUDA EN EL BAÑO DE PROFESORES
JUEVES
LA BIBLIOTECA VOL. 2
JOVENCITAS
ATRAPADO CON LAS BOLAS EN LA MANO
EN MI DESPACHO
HISTORIA... DE NUEVO.
POR UNA A+
GRACIAS PROFESOR.
LA NIÑA DEL PROFESOR
MALAS NOTAS

Otros relatos:

NO ABRAS LOS OJOS
FUISTE TÚ
MI PRIMERA VEZ
TRES CERO TRES
CENA PARA CUATRO
MUÑECA ROTA

MASTURBÁNDOLA

Habíamos quedado para conocernos...tomar algo y charlar.

Era verano y ella se presentó con una falda corta, una blusa ajustada y una chaqueta de cuero.

Jess medía uno setenta y cinco. Aproximadamente, y yo dos metros, casi tres. Era morena, ojos color miel, unos labios carnosos, 21 años, malagueña.

Nos sentamos en una terraza cerca de la plaza de Lavapiés y estuvimos conversando todo el rato, entre risas y cervezas. Hubo muy buena química entre los dos, pero siendo la primera cita, era su profesor, era mi alumna en la clase de historia.

Cuando me di cuenta que no era correcto y quería irme de inmediato, la besé en la boca notando que ella sacaba su lengua y jugaba con la mía.

¿Cómo carajos iba a detenerme ahora?

Estaba sedienta, pero a mí no me importaba y empapaba mi lengua en su boca.

Me di cuenta entonces que ella tenía tantas ganas como yo y que era una chica muy traviesa.

No nos importaba que estuviésemos rodeados de gente, y tras diez minutos de intensos besos y juegos previos, me invitó a su casa.

¡Mierda, mierda, mierda!

Se estaba saliendo de control. Pero la dureza de mi verga me exigía en silencio que accediera.

Y lo hice.

Durante el trayecto en mi *Ducati*, no pensé hacerle nada, pero, ¡qué mierda! si ella no quería, me quitaría la mano. Podía manejar la moto con una mano, y la otra la apoyé en sus muslos. No me detuve y quise ver hasta dónde era capaz de llegar ella, así que subí un poco más la mano, hasta llegar a sus bragas. La postura de ir en moto sentada hacía que fuese abierta, por lo que mi mano tocó directamente su sexo.

Lo toqué sin vacilar, mientras la brisa nos tocaba también.

Mi sorpresa fue cuando ella se echó a un lado la braga para que mis dedos tocaran directamente el interior de su sexo para que la siguiera masturbando.

¡Joder, ambos estábamos mojados!

Al llegar a un semáforo en rojo, pensé que me quitaría la mano cuando otros coches parasen a nuestro lado, pero mi otra sorpresa fue que ella no hizo nada.

Yo ya le había metido dos dedos en su empapado sexo y ella se movía lentamente apretando contra el asiento.

El primer coche en parar fue un taxi, que se colocó a nuestra derecha. Miré al conductor y a los pasajeros que iban atrás. Eran dos chicas jóvenes, bastante guapas. Luego miré al otro coche que se paró a la izquierda. Un tipo de bastante edad, debo decir.

Ese minuto allí parados, masturbando a mi alumna, me parecieron diez. Jess enseñaba sus muslos abiertos y mi mano desaparecía descaradamente entre ellos. El taxista que nos tenía a medio metro miraba descaradamente los pequeños movimientos que hacía mi chica para sentir más a dentro mis dedos.

Seguramente nos hubiese dicho algo, pero de no ser por llevar a aquellas chicas detrás, como hombre sé que también le gustaba lo que miraba.

El otro conductor miraba también descarado mientras desde nuestra posición veía cómo se tocaba

la verga por encima del pantalón.

Notaba cómo ella aumentaba el ritmo de cadera sentada sobre mi mano mientras yo la seguía masturbando. Vaya que lo hizo.

No quedaba mucho tiempo, pues el semáforo ya estaba intermitente. Mientras Jess estaba apoyada en el baúl que llevo detrás del asiento y que sirve de respaldo. Abrió un poco más las piernas, ahora cínicamente y yo empecé a frotarle el clítoris con mis dos dedos, haciendo lo posible por rozarle el punto exacto.

A los pocos segundos, empezó a temblar y a soltar fluidos que empaparon el asiento y mi mano.

Semáforo en verde...

El único comentario que hizo el taxista antes de irse fue:

—Qué suerte tienes, cabrón.

Y me guiñó un ojo antes de que acelerase y les dejase allí a todos con esa imagen de mi pequeña Jess corriéndose en el asiento de atrás de mi *Ducati*.

Pero, mierda. Si solamente supieran que el que le estaba metiendo mano, era su jodido profesor.

NOCHE BUENA

Siempre se dice que la navidad es una fecha para compartir, más aún en mi situación económica, mejorada sustancialmente respecto de aquella en la cual me originé.

Veinticuatro, fui a la casa de mi madre llevando regalos para ella, mis hermanos menores y mis sobrinos, además de todo lo necesario para preparar la cena; mi pareja de ese entonces no me acompañó. Y qué bueno que no lo hizo, pues al cruzar la calle y por ser noche buena, los vecinos de mi madre, eran los padres de Less.

Mi alumna.

El día fue agotador, por un lado los niños que iban de un lugar a otro desordenando todo a su paso, y por otro, Less pasando sus manos disimuladamente por mi pierna o la de mi hermano cada vez que se presentaba la ocasión, la calentura subía y bajaba en mi cuerpo a cada agarrón o comentario subidito de tono, con lo cual sólo quería que terminara la cena para darme un buen revolcón con ella. No era que no lo había hecho antes. Pero ésa es otra historia.

Rápidamente nos fuimos y al subir a uno de mis autos, ella me entregó mis regalos de navidad, que me había dicho aún quedaban, un par de zapatos de cuero negros.

En cambio yo, le tenía un vestido negro que se veía ser muy cortito con un gran escote y su espalda formada sólo por tiras cruzadas y paralelas que se unían a una vertical en el medio, que naturalmente dejaría totalmente descubierta su espalda y su culito.

Sólo ver la imagen del mismo en su caja me hacía imaginar el efecto que produciría si se pasease con él en las calles de Boston.

Acariciando su pelo, le pedí que se lo pusiese, se maquillase y se soltase su pelo.

Siempre le decía que me encantaba su pelo suelto pues hacía destacar aún más su cara de pequeña perra inocente, nuevamente parecía una.

Rumbo a casa me preguntó si me había gustado mi regalo y si me gustaría ser un regalo, por respuesta sólo llevé mi mano a su entrepierna y le dije que me encantaría ser regalado, que ella sabía que me calentaba el hacerlo con mi pequeña alumna.

A lo cual le pregunté si le molestaría que la regalase a conocidos, ya mi calentura no daba más, mi entrepierna se encontraba totalmente dura

Tome una de sus manos y la posé en mi verga para que sintiese lo duro que ya estaba.

El contacto la hizo suspirar inmediatamente, y mientras sostenía su mano entre mis piernas, le pregunté:

—¿Para qué naciste, Less?

Y sin esperar su respuesta me respondió:

—Para ser culpable.

—¿De quién eres? —pregunté.

—De cualquiera, profesor Blake... de todos.

—¿Puedes prestarlo? ¿Puedes venderlo? ¿Arrendarlo o regalarlo?

Ella sólo me miraba y se reía, yo también lo hacía.

—Me da lo mismo, si voy a hacer un regalo, me da lo mismo.

Al llegar al departamento, éste se encontraba iluminado sólo por las luces del árbol de navidad.

La dejé en la puerta, me sacó el abrigo y quedó vestida con sus regalos. Se despidió y pude ver cómo descendía el ascensor, al entrar pude distinguir al jardinero del condominio, que no paraba de mirarle el culo cada vez que la veía.

Un muchacho de su edad, debo decir.

Fue cuando vimos a su padrastro venir. Sintió un escalofrío al verlo, pues en una oportunidad me había contado que su padrastro, cuando tenía doce años le había dicho a mi madre que estaba enamorado de ella, y ahora lo veía ahí.

Los saludó uno a uno, el chico resultó ser el ayudante del jardinero, serví unos tragos, puse música y Less comenzó a bailar para ellos.

Con su atuendo abría su escote mostrándoles *mis* tetas, o se acercaba parando su colita casi en la cara de ellos.

El primero en tocarla fue su padrastro que se aferró a sus caderas empujándose sobre su miembro, del cual podía sentir su dureza, echó su cabeza hacia atrás sobre su hombro y le dijo:

—Tócame, ahora puedes hacerlo.

Movía su culito en su entrepierna y llevó una de sus manos a su sexo, el cual él acariciaba por sobre la braga.

Llamó al muchachito el cual a la distancia ya se veía que estaba a punto de explotar y liberando sus senos por sobre el escote del vestido, se los entregó.

Llevando su cabeza a *mis* tetas, que chupaba cual bebé, endureciendo *mis* pezones, mientras veía al jardinero masturbarse sentado frente a mí.

Su padrastro estaba como loco, no dejaba de recorrer su cuerpo con sus manos, mientras le decía:

—Había soñado con metértelo.

Yo lo alentaba a contarle como la soñaba, mientras Less no paraba de gemir y alentar al chico a seguir chupándole.

Cuando por sus gemidos pude darme cuenta que el jardinero había acabado, el semen resbalaba por su mano y su miembro.

Less se levantó, entonces tomó su mano y lengüeteó el fluido de él, se arrodilló y bajó a su miembro.

El cual llevó a su boca para limpiarlo de cualquier resto de su semilla.

Mientras, yo los miraba con su carita de degenerada y le escuché decir:

—Lame.

Entonces se levantó, se sentó al lado del chico y llevó su mano a su sexo, mientras le chupaba su oreja, le abrió su pantalón y comenzó a masturbarlo, mientras él jugaba con su sexo hasta hacerlo acabar.

Apretó su miembro y lo llevó a su boca para beber su leche que brotaba a borbotones.

Terminó por despojarse del vestido.

Quedando totalmente desnuda, solo con sus zapatos altísimos que modelaban de mejor manera su figura.

Mirándome me preguntó:

—¿Quieres participar?

Asentí, no hacía falta hablar.

Nos desvistió a los tres, uno a uno, dejando que la tocásemos a nuestro antojo, jugando con nuestras vergas, que ya se encontraban erectas nuevamente.

Tomó al chico y lo llevó tras de mí hacía el comedor, a lo cual, la seguimos su padrastro y yo, éste último esperando su turno.

Se puso sobre la mesa enseñando todo su culo, el chico estaba detrás de ella y le penetro su sexo de un solo golpe haciéndola gritar al sentir su verga.

Estaba con sus manos sujetas al otro extremo de la mesa por los que sus tetas se frotaban en ella provocando que sus pezones estuviesen a punto de reventar, a cada embestida sentía las caderas del chico golpeaban su culo.

—Tráeme tu pene—Me ordenó—Quiero que crezca en mi boca, quiero lamerte.

Lo hice, y abrió su boca, sacando su lengua para recibir mi miembro y chupar con fruición, le daba golpes con su lengua y con su mano me masturbaba.

—¿Quieres tú también entrar? —Le preguntó a su padrastro.

Llevé una de mis manos hacia atrás para mojarla, tomó la verga de su padrastro, la posó a la entrada de su culo y le dijo:

—Penétrame.

El cual no se hizo de rogar y se ensartó partiéndole el culito con sus embestidas, no dejaba de provocar a su padrastro con sus preguntas, sus gemidos, y su forma de mirarlo, hasta sentirlo cómo se venía.

A la vez que el chico se derramaba sobre la mesa, por lo que recogió de nuevo su jugo con su lengua.

Volví al living prepare unos tragos y se los ofrecí. El padrastro seguía en el lugar donde le pedí que se quedase, su verga larga y gruesa apuntaba el cielo, por lo que le extendí mi brazo y le dije:

—Ve a jugar con tu nenita.

A la vez que Less se arrodillaba y gateando se dirigió hacia él, el cual se arrojó sobre su espalda y comenzó a jugar con su lengua en su culito como si tratase de penetrar con ella.

Se paró tras ella y comenzó a meter su verga, la cual por su grosor costaba que entrase, lentamente logró hacerlo, tomó su pelo y lo tiró hacia él, cabalgando como una yegua.

La insultaba, dándole con una dureza que parecía que quisiese partirla en dos, saco su verga y le obligó a levantarse, le alzó tomándole desde sus piernas, de espaldas a él, acomodó su verga en su culito y con su propio peso le penetré mientras su sexo quedaba totalmente a la vista de nosotros cuyos penes ya empezaban a tomar forma nuevamente.

Su cabeza apoyada en su hombro le dijo que se recostara en el sofá sin dejar de empalarle, llamó al chico para que acercara su miembro a su boca, la cual comenzó a fornicar afirmando su cabeza.

Me llamó, y alzó sus piernas y dejando de chupar un momento, la verga del chico le penetro aferrándose de *mis* tetas, sé que sentía totalmente llena, estaba feliz y acabó gritando mi nombre.

Intenso, duradero, estaba adolorida, pero no queríamos parar. El primero en acabar fue el chico que llenó su cara con su semen, luego sintió inundarse su vagina, pero su padrastro seguía partiéndome el culito, le pedía que parara, que acabara, hasta que acabó diciendo que la amaba.

Todos nos levantamos, la madrugaba había avanzado, me encontraba cansado con solo mirar, serví unos tragos y así desnudos seguimos bebiendo hasta que nos sorprendió la mañana, sentí la puerta pero no me apresuré pues supuse era mi pareja, grande fue mi sorpresa al ver a la hermana de Less que saludando a su padrastro le preguntó:

—¿Te la has comido al fin? —A lo cual éste sonrió, y ella agregó—No te preocupes, a mí me paga hace tiempo. Nos quedamos los cinco gozando a una que también fue mi alumna un rato más.

Llegó el día de la cena de navidad de nuestro comité estudiantil. Siempre solemos hacerlo acompañados de nuestras parejas e incluso de los hijos e hijas de cada uno, como también nuestros alumnos más distinguidos. No era mi caso, no tenía pareja y mucho menos hijos. Aunque sí una que otra alumna distinguida de la clase de Historia.

Ya estábamos sentados cada uno en su sitio. Yo a mitad de la mesa y Ness, mi alumna en la parte de enfrente de la mesa pero a un extremo. Nuestras miradas se cruzaban más de lo que era conveniente. En sus ojos veía deseo, como también ella lo veía en los míos.

Hacía poco más de una semana que Ness y yo no habíamos follado y la verdad es que lo necesitaba tanto o más que el comer. No dejaba de intentar transmitirle con la mirada que la necesitaba y que teníamos que buscar el momento para dar riendas sueltas a nuestra lujuria.

Era algo prohibido, pero tampoco se trataba de una menor de edad.

Estaba excitado, el morbo subido y más teniendo en cuenta que estábamos con más personas a nuestro alrededor.

Finalizado el postre y mientras nos traían los cafés e infusiones, Ness se levanta y poniéndose su chaqueta, salió a fumar fuera del restaurante que estaba a orillas del mar.

Solamente yo sabía que fumaba, no le importaba que sus padres estuviesen presentes. Hacía una noche no fría, pero sí muy húmeda. Nuestras miradas se cruzaron y no lo dudé un instante, alegando un ligero dolor de cabeza dije que quería salir a dar un pequeño paseo para despejarme un poco.

Salí y me encontré a Ness fumando, la agarré de la mano y tiré de ella que se quejaba diciendo que estaba loco y que nos iban a descubrir.

—Calla.

Seguí tirando de ella hasta una caseta de la Cruz Roja que estaba a unos veinte metros. La llevé hasta la parte de la caseta que daba a la playa para ocultarnos de la vista de cualquiera que saliera del restaurante.

Seguía quejándose, diciendo que era una locura. La callé apoderándome de su boca y besándola. Cuando despegué mis labios de los suyos, ya no protestaba, al contrario, llevó su mano a mi entrepierna y me acarició mi verga por encima del pantalón.

Como no había mucho tiempo, le di la vuelta y la empujé contra la pared de la caseta, apoyando sus manos en ella y dándome su espalda.

—Voy a cogerte.

Subí su chaqueta por encima de su cintura y también alcé su vestido, para tener acceso a su sexo. Joder.

Lo tenía completamente empapado. Le bajé sus bragas por debajo de sus rodillas y sin más preámbulos bajando mis pantalones y cogiendo mi miembro la penetré con desesperación obteniendo toda su colaboración pues a su gemido de placer, al notarme dentro, se unió como siempre sus frases de insulto.

—¡Sí, hijo de puta! ¡Sí! me tienes toda la noche caliente, cógeme, como si se te fuera la vida en ello, pero hazlo rápido que nos van a descubrir.

Oíamos a lo lejos que alguien hablaba.

—Joder, Thomas es Max, reconociendo ella la voz de su novio.

Le dije

—Calla y muévete. Que no has hecho más que calentarme toda la noche.

Qué morbo, haciendo mía a Ness y su novio a escasos metros.

Nosotros nos centramos en coger lo más rápido que pudimos. Yo no paraba de cogerla rápido y fuerte desde atrás, notando su culo contra mi vientre y deslizando una mano hasta su clítoris que estaba duro como un garbanzo.

—Cabrón, más deprisa, necesito correrme.

Le di dos nalgadas fuertes mientras no paraba de insultarme y pedirme más.

—Caprichosa—Le dije —Nos vamos a correr aquí casi delante de todos, pero te vas a acordar de este polvo toda tu puta vida.

—¡Sí!, joder Thomas, como me pones, señor Blake, sigue, sigue, como me gusta, me voy a correr, córrete conmigo por favor, ¡venga, venga, que me corro! dijo sin dejar de echar su culo hacía atrás.

Noté como me empapaba y seguí dándole fuerte y ahora tirándola del pelo, hasta que logré correrme llenándole por completo.

Era de lo mejor que me había pasado últimamente y los polvos con ella eran siempre polvos salvajes y guarros, de los que ambos disfrutábamos enormemente. Este polvo no había durado más de diez minutos, pero había sido apoteósico.

Sacando, de su bolso que aún lo tenía colgado y cruzado de su pecho, un pañuelo de papel, se limpió como pudo.

Yo me asomé a ver quién estaba en la puerta del restaurante y viendo a otro profesor que estaba fumando, salí desde atrás de la caseta, como si viniera de la orilla de la playa y cuando llegué a la puerta, le dije:

—Hace frío, ¿Entras?

—Sí— me dijo y entramos juntos.

Al entrar:

—Profesor Blake ¿Ha visto a Ness? —Max me preguntó

—Sí, me fui a la orilla a despejarme un poco y me pareció haberla visto por ahí.

Pasaron unos minutos y entró Ness que puso como excusa que había ido a dar un par de vueltas a la manzana mientras fumaba un par de cigarros, porque en la puerta hacía mucho aire.

La noche siguió con nuestras miradas furtivas de vez en cuando y con sonrisas de complicidad.

Salí esa tarde de sábado a leer un poco a la biblioteca pública de la ciudad. Subí a la planta y allí me encontré con una alumna. Era Bruma, chica de media estatura y con un buen cuerpo. Tenía 20 años pero aparentaba 5 años más. Hacía ejercicio regularmente. Le gustaba andar por la montaña y alguna vez me había comentado sobre ir juntos.

Yo era su profesor, pero a ella no le importaba.

He de decir que Bruma y yo de vez en cuando cruzábamos una que otra mirada prohibida entre profesor-alumna.

Esa tarde iba acompañada de su novio, nos saludamos al encontrarnos y aunque cada uno siguió a la suyo, también es verdad que nos íbamos buscando con la vista hasta encontrarnos. Cuando nuestras miradas se encontraban ella me sonreía y yo hacía lo mismo. Yo estaba poniéndome caliente y en uno de nuestros encuentros visuales, me mordí el labio inferior y ella me correspondió con una lamida de su labio superior. Esto ya terminó de encenderme y decidí enviarle un mensaje de *Whatsapp*, pero como veía que no miraba su teléfono, me acerqué disimuladamente donde estaba ella y le dije:

—Mira tu móvil.

En él le decía:

Excúsate con tu novio, en diez minutos te veo en la entrada de los aseos del último sótano.

No esperé respuesta y me dirigí hacia donde la había citado.

Llegué al sótano y no habían pasado más de cinco minutos cuando la veo aparecer saliendo del ascensor. Se acercó a mí.

—Es una locura, pero quiero saborearte un rato.

La cogí de la mano y tirando de ella nos metimos en los aseos de señoras que al ser el último sótano estaba vacío en esos momentos. Nos metimos en uno de los compartimentos del mismo y nada más cerrar se agachó e intentó desabrocharme el pantalón.

—No, bruma.

—¿Por qué, señor Blake? —Se lamentó.

—No quiero que me la chupes, quiero cogerte duro.

Empezamos a besarnos frenéticamente y con desesperación. Nuestras bocas y lenguas parecía que no se habían encontrado nunca y no paraban de reconocerse mientras desabroché deprisa su blusa y le subí el sujetador para tener acceso a sus pechos que empecé a comerme con ansias y con muchas ganas, mientras con la otra mano accedí a su sexo, que noté todo mojado a través de sus bragas que ya estaban empapadas.

Sin esperar más, se las quité rápido y cogiéndola, la acerqué al inodoro obligándola a apoyarse en la cisterna y poner el culo en pompa.

Me desabroché el pantalón y sin darle tregua, se la metí sin ninguna dificultad.

Le tiré del pelo con una mano y con la otra sus tetas apoyándome en su espalda y empecé a cogérmela de prisa, sin parar, como si me fuera la vida en ello y con ganas de vaciarme cuanto antes. Para que ella no se quedara a medias, llevé, la mano que cogía sus tetas, a su clitoris y empecé a acariciarlo, mientras le golpeaba el culo con mi vientre al meter y sacar mi miembro. Le tiraba del pelo bien fuerte para que echara su cabeza hacia atrás y le obligaba a girar la cabeza para besarla y meterle mi lengua hasta la campanilla. Me gustaba sentir su lengua y el sabor de su boca, no dejando de absorber su

lengua y su saliva.

A pesar de haber sido rápido, tenía su sexo tan estrecho que me apretaba y absorbía mi pene cada vez que entraba profundamente. No paraba de insultarme. Disminuí un poco el ritmo y ...

—¿Quién te ha dicho que pares?

Volví a coger ritmo y enseguida me dijo que se iba a correr, que no parara.

—Me voy a correr.

Y cuando volví a intentar comerle la boca, solo pudo abrirla de par en par, para correrse, sin dejar de gritar, intenté hacerla callar, porque había oído que entraba alguien en el aseo, pero me fue imposible, no pude evitar que gritara y mordiera mi mano.

Yo aún tardé un poco más, y haciendo caso omiso a su petición de correrme en su boca, seguí cogiéndola hasta que descargué dentro, juntando mi corrida con sus jugos, que empezaron a caer abundantemente por sus piernas.

Cogí papel higiénico y la fui limpiando para recomponernos y poder salir.

Salimos del compartimento y vimos a una chica joven que no sé si sería la misma que tuvo que oír sus gritos, pero sí que se nos quedó mirando con los ojos bien abiertos como platos.

Nosotros no pudimos evitar una sonrisa al mirarla que al final acabó por ser una carcajada.

Al salir, Bruma subió al ascensor y yo me esperé al siguiente. Una hora más tarde coincidimos de nuevo en la cafetería y su novio nos invitó a sentarnos junto a ellos y allí estuvimos tomado un café cargado de mucho morbo.

LA CERVEZA

Habíamos ido a una cervecería cerca de tu casa, a tomar unas cervezas bien frías. Era verano y hacía bastante calor. Entramos al local, de ambientación alemana y bastante lleno de gente. La hora invitaba a refrescarse, aunque fuera entre semana.

Nos sentamos en ángulo recto en una mesa para 6 que había al final, haciendo esquina. Era la única mesa libre, y a la camarera sorprendentemente no le importó que la ocupáramos solo dos personas. Pedimos dos cervezas de importación —yo una belga y tú una alemana—, y nos pusimos a charlar.

Desde nuestra posición veíamos todo el espacio; no era muy grande, estaba lleno y el ambiente era animado. Tres camareras iban y venían de mesa en mesa a gran velocidad, esquivando a la gente que poblaba la barra.

Estabas muy guapa o yo te veía muy guapa ese día, probablemente las dos cosas. Te miré con cara de deseo mientras me hablabas, me acerqué a ti, te di un beso y acaricié tu muslo suavemente. Llevabas una falda corta —siempre te gustaron las faldas cortas, y más en verano—. Por un momento perdiste el hilo de lo que me estabas contando, y lo retomaste enseguida. Pero yo no quité mi mano. Seguí acariciándote, esta vez con otra intención. Fui acercando mis caricias a tu sexo, poco a poco, en círculos cada vez más pequeños trazados por mi dedo corazón. Tú seguías hablando, pero cada vez te costaba más seguir el hilo. Toqué tus bragas y te estremeciste. Sentí tu mano, antes posada en mi brazo, apretarse fuertemente. Mirabas a medias el local —nadie se había dado cuenta—, y yo te miraba a ti.

Eras ya incapaz de hilar ninguna conversación. Saqué mi móvil y lo puse encima de la mesa, entre los dos, como si te estuviera enseñando algo, para liberarnos de la carga de tener que simular una conversación imposible.

Tenía tres dedos apoyados en tu sexo, por encima de las bragas, y los movía en círculos lentamente sobre tu clítoris, apretando con suavidad. Los bajé un poco, a la entrada de tu humedad, y apreté un poco más. A duras penas pudiste aguantar un gemido. Yo miraba mi móvil, absorto. Tú me mirabas a mí.

—Quiero meter mis dedos—te dije— impregnarme de tus flujos, y chuparme los dedos. Quiero saber a qué sabes cuando te pones cachonda delante de otras personas. Y quiero que te corras. Pero no puedo hacerlo con las bragas que llevas puestas, así que vete al baño, quítatelas y tráemelas.

Te lo dije serio, y no te miré hasta que no terminé de hablar. Entonces alcé la vista y observé tu cara, medio desencajada de placer e inseguridad por lo que te estaba pidiendo. Vi en tus ojos que deseabas hacerlo. Miraste a nuestro alrededor: gente hablando y bebiendo, las camareras trajinando, y mis dedos masturbándote por debajo de la mesa. La gente estaba ahí sin saber nada...

Me volviste a mirar y esbocé una leve, muy leve sonrisa, mientras te miraba fijamente a los ojos y te decía sin palabras que no tenía todo el día.

Te levantaste y te fuiste al baño, y regresaste al poco con las manos cerradas en puño. Te sentaste y me diste lo que te había pedido. Te sentaste muy cerca, mirando la pantalla negra de mi móvil, que yo también observaba sin ninguna atención.

Muy lentamente, llevé mi mano a tu muslo, como antes. Y como lo querías, te empecé a acariciar suavemente, bajando despacio, sin llegar hasta el final. Cuando estaba a punto de tocar tu sexo, volvía a subir mi mano. Tu respiración era cada vez más fuerte, y te costaba quedarte quieta. Te movías y no querías, pero no podías evitarlo.

—Tócame, tócame ya—me suplicaste.

Sin levantar la mirada de mi móvil, bajé mi mano otra vez, y toqué tu sexo con dos dedos. Estaba caliente y húmedo. Lo acaricié. Introduje un dedo, y luego dos. Al principio un poco, luego cada vez más, hasta que mi palma tocó tu pubis. Me movía despacio, pues no quería hacer aspavientos con el brazo.

Me incorporé y te dije al oído:

—Te estoy cogiendo con los dedos delante de un montón de gente. Si cualquiera se gira y se fija un poco, verá tus piernas abiertas y mi mano en tu sexo... ellos no saben nada.

Me miraste con cara de lujuria, y agarraste mi pene por encima de los pantalones, apretando.

Saqué mis dedos y llegué a tu clítoris. Jugué con él, pasaba mis dedos de un lado a otro, en círculos —como sé que te gusta—, apretaba, un poco más, un poco menos. Te oía gemir y moverte. Sabía que el final estaba cerca. Me dijiste en un susurro ahogado:

—Voy a gritar, joder—Te di las bragas.

—Puedes sofocar el grito con ellas, si quieres.

Las cogiste, y te las llevaste a la boca para evitar hacer ruido. Aumenté la velocidad, hasta que cerraste tus piernas de golpe, en un espasmo, violento, mientras te tragaste el grito que quisiste dar pero no pudiste.

Seguí acariciándote, hasta que te relajaste. Tenía mi mano empapada.

—Mira mi mano, está mojada de tu corrida.

Chupé mis dedos con fruición, saboreándolo uno a uno, mirándote a los ojos mientras lo hacía.

—La gente no lo sabe—Te susurré y recordé—La gente nunca sabrá que soy tu profesor.

UN POCO DE AYUDA EN EL BAÑO DE PROFESORES

Esto que me pasó fue apenas ayer, todo el campus estaba reunido en el auditorio porque estábamos viendo una obra teatral.

Salí para ir al baño, pero los más cercanos estaban cerrados así que tuve que ir a los baños más lejanos.

Cuando estaba llegando, me percaté de que no había nadie por los pasillos, aunque vi que iba saliendo del baño de mujeres a Liria, morenita, 1.63, buenas tetas, culo respingón y duro, buenas piernas, en fin, otra de mis muchas alumnas.

Yo me la quería coger desde que la conocí, hace dos semanas aproximadamente, y ésta parecía ser una buena oportunidad.

Así que me acerqué a ella abrazándola de la cintura y dándole un beso en la mejilla y le dije:

—¿Cómo estás, Liria?

Como siempre, no me gustaba tratar a mis alumnas con tanta formalidad porque ni siquiera recordaba sus apellidos.

—Bien, señor Blake ¿Y usted?

—Bien.

Y bajé más mis manos agarrándole el culo y acariciándoselo, ella sólo sonrió un poco y me dijo:

—Me tengo que ir.

—Nos iremos juntos.

—Tiene que darse prisa, señor Blake.

Me le quedé mirando como si tratar de decirme algo. Entonces capté enseguida.

—Me daré prisa si me ayudas.

Tomé su ano e hice que entrara conmigo al baño de los hombres.

Ella solamente se empezó a reír y a decirme que estaba loco.

—Me dijiste que me diera prisa.

Saqué mi pene frente a ella y comencé a orinar, cuando ya estaba por acabar, sentí que Lira se acercó por detrás.

—A ver, deje le ayudo a acabar.

Agarró mi pene y lo empezó a sacudir, me tomó por sorpresa y la dejé hacer, mientras que con mis manos le acariciaba las piernas y ella empezó a masturbarme hasta que creció mi erección. Me di la vuelta y ella me quitó el pantalón. Se colocó de rodillas y comenzó a lamer la punta, después de un rato se lo metió todo a la boca, chupando y masturbándome con una mano, y con la otra, empezó a tocarse a sí misma.

Estaba ya por terminar, con esa imagen frente a mí.

—Te quiero penetrar.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, ella se colocó en cuatro en el frío piso. Aunque estaba limpio, era la primera vez que iba a cogerme a una chica en el suelo de un baño. Cualquiera podría entrar, pero mi erección y ver su sexo frente a mí, hizo que eso no importara.

Le quité los zapatos, el pantalón, las bragas y le levanté más su culo para manosearlo. Lo amasaba, le metía tres dedos en su vagina y ella solo gemía.

Le besé las nalgas y el ano y quise entrar ahí.

Tenía que prepararla, así que comencé con un dedo, luego con dos, hasta que sus músculos se relajaron. Así estuvimos un rato hasta que sus movimientos en mi mano me pedían que la penetrara.

Y así lo hice, puse mi pene en la entrada de su ano y la penetré de un solo empujón. Entrando y saliendo muy duro. Ella se corrió primero y aquel firme culo no se fue sin dejar todo dentro de mí en ella. Regresamos al auditorio, y cuando los días pasaron, no me importaba ir a los baños que estaban en los pasillos del fondo, sé que siempre la encontraría... y a su culo también.

JUEVES

Era un detestable jueves de rutina en la aburrida clase de Historia, la última hora de clase es eterna, tan aburrido me sentía que mi mente estaba en blanco, el viernes era examen e impartía un repaso general de lo que vendría en el examen.

A mis casi cuarenta años lo que menos me importaba era si mis alumnos entendían la clase, no todos tenían la pasión por la historia.

Muchas fingían poner atención, atractivas, pero no lo suficiente. A veces quedaba viendo las piernas de algunas que querían hacerse notar, algunas muy bonitas con suaves y tersas piernas y rodillas, otras no tanto, con esas faldas y esas piernas imaginándose tantas cosas, pero menos lo de la clase, mis pensamientos se vieron aturridos por la hora de salida, la cual me indicaba que ya era hora de llegar a mi solitaria casa tal vez a ver la tele, escuchar música o leer un buen libro, pero no verme con alguien en especial.

Salí de la escuela y me dirigía a mi pequeño auto cuando vi corriendo hacia mí una de mis alumnas.

—Profesor Blake, me he perdido el repaso de hoy. ¿Hay alguna forma de que pueda dármele?
Estaba loca, no había excepción alguna.

—No.

—¡Por favor! —Imploró—Realmente necesito estudiar, señor Blake.

—Pues estudia sola.

—Pero no quiero estar sola.

Realmente yo tampoco quería estar solo, mi casa era grande y ella estaba frente a mí, rogándome por un repaso. No era la primera vez que alguien lo hacía, pero ahí estaba yo, dudando por primera vez.

Hasta que me di por vencido y con un tono de voz de forma descuidada le dije:

—Adelante, sube al auto me has convencido.

Iba un poco de mal humor, y decidí detenerme en un restaurante a comer, siempre he sido algo egoísta y no me importó si ella no tuviera dinero.

—Entremos.

—Está bien, señor Blake.

Estaba tranquilamente comiendo con...

—¿Cuál es tu nombre? —Le pregunté.

—Hada—Iba a preguntarle su apellido, cuando me interrumpió diciendo: —Tienes una linda mirada.

—Gracias.

—Y aún más cuando te quedas viendo mis piernas... dígame ¿Soy bonita?

¿Qué mierda?

Mis ojos se fueron hacia abajo y vi sus piernas como si me lo estuviera pidiendo. Lindas, unas piernas muy lindas, una de mis favoritas. Podría reconocer sus rostros y recordar sus nombres con sólo ver sus piernas.

Hada, piernas largas.

—Eres bonita, Hada. Con esas piernas no deberías de dudarlo.

Ella empezó, así que seguí su juego.

Terminando de comer nos dirigimos a mi casa, en el camino, no dejaba de ver sus piernas, ella solo las cruzaba o se tocaba sensualmente su ombligo, eso me estaba excitando, físicamente se me notaba,

pero yo siempre con mi gesto de persona malhumorada y egocéntrica, tratando de disimular todo gesto de halago hacia ella, tragándome mis palabras y pensamientos tales como: *Estás bien bonita Julia, eres hermosa, quiero desnudarte y tocarte toda, te quiero tener en mi cama y cogerte hasta que me digas que nunca más faltarás a clases.*

Llegamos a mi casa, mi actitud había cambiado un poco, pensé en el camino hacia mi casa que tal vez esto podía ser una oportunidad única, estaba tan en lo cierto.

Nos sentamos en el sillón de la casa y encendí el reproductor teatro.

—Vaya lujo.

Me podía dar todos los que quisiera, y la tenía ahí, sólo para mí.

—Se llama, estudiar para llegar a tener todo lo que ves.

—Lo veo a usted.

Me reí por lo bajo.

—¿Estudiamos, profesor?

—Espera un momento, por favor. Cuando llego a casa lo primero que hago es relajarme, eso no va a cambiar hoy.

Eso la enojó, tomó su mochila y dijo:

—Entonces será mejor que me vaya de su casa.

—No, espera.

La tomé de un brazo, la jalé hacia mí, y al hacer eso ella se tropezó con la mesa de cristal y caímos en el sofá, quedando ella sobre mí.

—Lo siento.

—Será mejor que lamente algo de verdad.

Fue entonces cuando tomé la iniciativa y comencé a besarla. No lo sentí para nada extraño, pues tampoco era la primera chica que probaba el sabor de mi saliva.

Continuó mordiendo mi labio, a acariciar mi cuerpo y yo me convertí en el sumiso a lo que ella me hiciera.

Me tocaba el cabello, mis manos, empezaba a agitarse su respiración, lo podía notar, lentamente ella se empezó a acomodar a la altura de mi pene, mi pene ya estaba erecto, ella se estaba poniendo roja de la cara.

Realmente mi egoísmo se había esfumado, ella empezaba a hacer masajes de arriba hacia abajo por todo mi miembro, moviendo las caderas o dejando caer sus pompas, se había cumplido con lo que se había propuesto, excitarme.

—Me temo, que tengo que cogerte... YA.

—Yo también.

La tomé del cabello y volví a decirle:

—Sólo por hoy seré bueno contigo.

—Y yo sólo por hoy seré tuya.

Empezamos a desvestirnos los dos, uno frente al otro, las hormonas tomaban el control de la situación, estaba como loco, con un pene erecto y unas ganas incontenibles de penetrarla. Ella se dio la vuelta y pude ver ese culito que terminaba en unas perfectas piernas, hermoso, inmediatamente supe que lo quería, quería ese culo para mí solo y lo sería.

Me senté en el sofá, ella se acercó y tomó mi pene. Me empezó a lamer el tronco con su lengua, tocando mi glande, una y otra vez, haciendo el movimiento de

arriba y abajo, meneando mi pene, jugando con él.

La levanté y me miró a los ojos, se sentó en mis piernas, se acomodó.

—La quiero toda dentro.

—Y yo te diré dónde.

Ella vaciló.

—No sé, no estoy preparada.

—Yo te prepararé.

Me metí dos dedos a la boca, lubricándolos y se los empecé a meter, al mismo tiempo que chupaba sus pezones hermosos color rosa.

Mis dedos entraban y salían, empezaba a gritar diciendo que le dolía, no me importaba, su culo iba a ser mío, sus jugos vaginales empezaban a escurrir y a mojarme, mientras que mi pene palpitaba a la altura de su ombligo, sentía que ya era el momento para penetrarla, le levanté sus pompas y conduje mi pene lubricado de sus jugos.

—Lo ayudaré—Me dijo.

La empezó a meter toda poco a poco, la tenía entre sus dedos.

—Duele.

—El dolor pasará.

Su culo abría paso a mi pene, ella iba realmente despacio, hasta que le di un empujón y entró toda, sus nalgas cayeron arriba de mis testículos y los dos dimos un grito enorme, ella de dolor y yo de placer.

Tenía mis manos entre sus caderas y nos quedamos así por cinco minutos.

Descuidadamente empezaba a mover mis caderas despacio como instinto animal como si nada, ella frunció el cejo y el dolor desapareció de su mirada.

—¡Cójame duro! ¡Cójame ya!

Empecé a bombearla, a darle con más rapidez hasta ver sus pechos como se movían, su cara llena de satisfacción. Gritaba, pero su grito era diferente, lo estaba gozando poco a poco.

Veía como movía sus caderas y eso fue suficiente para correrme dentro de ella sin previo aviso y consentimiento suyo, llenándola de toda mi semilla. Me quedé viéndola y ella me miró y dijo:

—Muy mal, profesor.

—Sí, y olvídate de que estudiemos hoy. Porque esto, apenas y está comenzando.

Mi compañera de química no pudo llegar a darles clase, la mayoría de sus compañeros jugaba en el patio del campus.

Lanis y yo siempre aprovechábamos los ratos a solas para besarnos y de vez en cuando hasta agasajarnos dentro del laboratorio. Ella estudiante de medicina de primer año, y yo su profesor.

¿Historia y medicina?

No.

¿Lanis y yo?

Eso sí combinaba.

Ese día, estaban unas cuantas chicas, así que decidimos salir a buscar un lugar en el que pudiéramos hacer cualquier cosa que deseáramos, a fin de cuentas, tendríamos una hora libre.

Revisamos varios salones, pero nos percatamos que no cerraban bien las puertas y el rector pasaba cada cierto tiempo a verificar los salones, si bien nos gustaba sentir como corría esa adrenalina al ser descubiertos, no queríamos tampoco llegar a un límite en que unos minutos de placer arruinarán el tiempo que habíamos invertido. Así que, tras buscar en dos salones más, nos percatamos que la puerta de la biblioteca no tenía el candado puesto, lo único que se me ocurrió hacer fue jalarla por la camisa y meterla al salón, sin que nadie se diera cuenta.

Ya estando dentro, comenzamos a besarnos intensamente, pronto comenzó a sentir mi pene erecto y caliente, lo cual le excito aún más, sin pensarlo comencé a tocar sus tetas y pegarse aún más contra mí.

Así pues, comencé a bajar mis manos y la tomé por la cintura, bajando lentamente hasta su sexo, hice a un lado sus bragas y pudo sentir mis enormes dedos deslizarse por su clítoris, no pudo evitar soltar un pequeño gemido, conforme fui aumentando de intensidad, sentí un líquido que fluía por su sexo.

Como algunos alumnos comenzaban a salir de clase, nos fuimos hasta al final de la biblioteca y fue justo ahí donde desabroché mi pantalón, acaricié mi pene y al sentirlo tan firme y grueso, no evité bajar mis calzoncillos, y fue entonces cuando vio mi enorme pene.

Veía cómo se me marcaban las venas y cada vez parecía alargarse un poco más. Entonces cuando lo metió en su boca, presionándolo contra sus labios y al mismo tiempo moviendo sensualmente su lengua alrededor de mi glándula, yo sujetaba su cabello y eso me excitaba muchísimo, por lo que cada vez succionaba con más fuerza, era simplemente inevitable.

Yo sólo le pedía que no parara, pero siendo sincero sus bragas ya estaban demasiado mojadas y qué decir de sus labios.

La tomé de la cintura y la giré, lentamente subí su falda e hice a un lado sus bragas, estaban tan húmedas que mi pene entró con facilidad.

Fue en ese momento cuando me preguntó:

—¿Crees que alguien nos descubra?

Yo simplemente sonreí y le dije:

—No pienses en nada, y sólo déjate llevar...

No lo pensó más y se agachó, yo detrás de ella cogiéndola y ella disfrutando sin más, mientras sentía mi miembro entrar y salir, no gemir fue inevitable, pues alcanzamos el orgasmo casi al instante.

Los dos nos miramos fijamente, sonreímos y simplemente acomodamos nuestras ropas, para después volver a clases con el pretexto de haber buscado un par de libros sobre sexualidad, los cuales ya estaban más que estudiados.

JOVENCITAS

De la escuela lo que más me gustó fue la etapa de secundaria, en especial el último año, cuando sentía que ese era el clímax de la vida, el status supremo de los alumnos de tercer grado dominando a la especie inferior, popular entre las muchachas y esperando la etapa siguiente del bachiller.

Iniciando el tercer año, muchas cosas nuevas se presentaron, pero en especial el ingreso de nuevo alumnado femenino, guapas, bonitas, simples y encantadoras a sus dieciséis años de edad, en un grupo grande de 42 alumnos en aquel salón la variedad y entretenimiento eran suficientes.

Yo me sentaba en la fila de atrás, a la orilla de la pared, mi escondite, mi lugar preferido para relajarme y sin ser molestado por la mafia problemática del salón, de los que siempre estaban anotados en la libreta de la maestra como los tipos de cuidado.

Junto a mí se sentaba Connie, hija de la mejor amiga de mis padres, silenciosa pero rebelde, jamás se acomodó el cabello y siempre cruzaba su pierna sin importarle mi constante inspección visual hasta donde me permitía observar el borde de la falda gris a cuadros del aburrido uniforme escolar.

Frente a mí Jessica, la novia de todo el salón, la típica inteligente estelar de toda escuela respetable, pero conocía sus secretos, sabía perfectamente el escondite de la cajetilla de cigarros que ocultaba bajo su asiento, de donde a diario sacaba uno por uno para fumarlo clandestinamente tras el tendajo de Don Hugo, en el patio escolar.

Y la inconfundible Mariana, la única persona tras de mí, y que hasta hace poco tiempo me enteré que siempre estuvo enamorada de mí, y casó con un tipo desgraciado que con dinero lo arregla todo.

No me distinguí por problemático, más bien fui alumno promedio que aprobaba sus materias, y mi momento preferido era en la salida, sobre todo los viernes, recuerdo que caminaba por el pasillo hacia la salida y disfrutaba cada paso que iniciaban los fines de semana en el rancho de mi abuelo y en casa de mi tía.

Cuando en cambio llevaba como tarea encubrir a mis amigas, que pretendían quedarse a estudiar en la biblioteca cuando en realidad jugaban a ser adultos fumándose el cigarro contrabando de Jessica, en algún lugar del tercer piso de la escuela. Jamás hice preguntas, solo me limitaba a decirle a sus mamás que se quedarían estudiando un poco más tarde. Acostumbrado a la idea, jamás se me ocurrió unirlos en su travesura, aunque me parecía que les incomodaría mi presencia. Pensé en ello el fin de semana, y el lunes me esperé en el salón a que todos salieran, Jessica y las otras dos se encaminaron a la parte de atrás del edificio y las seguí en silencio.

Una pequeña puerta de madera daba indicios que por allí pasaron, jamás había estado allí.

Tras meditarlo un poco la abrí y ya estaba del otro lado. Un pequeño cuarto de limpieza color verde aguardaba en ese espacio, seguido de un largo pasillo que bordeaba la orilla de todo el edificio, el espacio era apenas suficiente para el paso de una persona, una barda que me llegaba hasta el hombro me ocultaba casi por completo de las personas que aún caminaban abajo.

A mi izquierda y sobre mi cabeza se veían las ventanas de lo que reconocí eran los laboratorios y la sala audiovisual. El pasillo daba la vuelta al final del edificio hacia el lado izquierdo el pasillo continuaba algunos diez metros y topaba en un pequeño cuartito, tres mochilas coloridas yacían en el piso, las reconocí en seguida y percibía unas voces que susurraban, así como el inconfundible humo del cigarrillo.

Me acerqué un poco alimentado por la insaciable curiosidad. Dejé mis cosas en el piso y afiné mi oído. La voz era de Connie, que hablaba de algunos compañeros, después escuché a Jessica confesar su amor secreto, seguida por Mariana que coincidía con Connie y confirmé así que eran ellas.

Saqué de mi mochila lo que me quedaba en una botella de agua y me refresqué un poco. De pronto escuché una risa, que no conocía, allí había alguien más, alguien que seguramente y por su voz era de otro grupo.

Me levanté para acercarme un poco y alcancé a verlas de espalda sentadas observando algo en el piso, y fumando un cigarrillo, el cuarto era una especie de bodega con libros, cajas con piezas metálicas y repuestos eléctricos de iluminación.

Me pareció pequeño, de algunos tres por tres metros, y muy poco visitado a juzgar por el polvo acumulado en las repisas de la pared. Al querer acercarme un poco más, pisé una de las mochilas, me desequilibré y mi botella de agua cayó al piso delatando mi presencia.

Sabía que no podía ir a ningún lado, las voces se callaron y se escuchó el característico sonido de personas incorporándose, de pronto se asomó Ingrid, una compañera del 4B que apenas conocía de vista, pero que de igual manera me parecía atractiva.

—¿Quién eres? —me interrogó con sus inmensos ojos verdes.

No pude articular palabra.

Después se asomó Jessica, después se asomaron Connie y Mariana, escondiendo lo que quedaba del cigarrillo tras de ellas.

Jessica se acercó a mí y en voz baja me preguntó:

—¿Quién te vio venir?

Sus enormes ojos me silenciaron.

—Nadie—dije lacónico.

—¡El conserje!

Una de ellas susurró, y me introdujeron al cuartito para escondernos del conserje, que hacía su rondín habitual en el cuarto de la limpieza, pero que jamás visitaba este extraño cuarto.

Con Mariana sobre mis piernas, sentada inmóvil aprecié el resto del pequeño cuarto del que colgaba un cable con una bombilla de cadenita, y numerosos diarios viejos y cajas con libros de historia y artículos confiscados a los alumnos.

Una de esas cajas era la que exploraban mis amigas, de donde habían sacado diversos objetos como pistolas de juguete, relojes, cápsulas químicas de olor, y revistas para adultos.

Después de cinco minutos comenzó el interrogatorio, me hicieron jurar que nadie sabía de esto, y les expliqué que me ganó la curiosidad, por lo visto me creyeron y acordamos no decir nada si me permitían quedarme con ellas para lo que fuese que iban, no hubo problema en ello.

Su travesura era simple, escapar a ese lugar, esconderse y escudriñar entre las cosas que allí guardaban, esa tarde abrieron una caja reciente, justo arriba había una cadena con una especie de símbolo metálico, que Mariana se colgó, diversos objetos como lentes oscuros, máscaras, anillos con imágenes diabólicas, cada uno de ellos etiquetado con el nombre del alumno y fecha que en este caso databan de dos años atrás.

Del fondo de la caja, Connie sacó un sobre amarillo, abultado, tamaño carta lo abrió y cayeron al piso cuatro revistas en inglés de contenido para adultos, nos miramos unos a otros y Jessica cogió una y comenzó a hojearla, el momento me incomodó pero al mismo tiempo me pareció interesante.

Hicimos un pequeño círculo, Jessica, sin pensarlo comenzó a hojear las primeras páginas eran publicidad, cigarrillos, alcohol, autos reportajes para adultos y aproximadamente en la página 12 se apareció la imagen del trasero de un tipo y una mujer desnuda sobre la cama risas de nerviosismo se elevaron entre sus cabellos que rozaban mi hombro, y el aroma a una paleta de dulce se entremezcló con el de mis ansias de estar allí.

Al girar la página siguiente, como si se tratara de una secuencia, esta vez la mujer aparecía sosteniendo el pene del tipo, me sorprendí y todas se miraron entre ellas la siguiente fotografía mostraba a la mujer dando sexo oral, lo que asombró a todos la secuencia continuó hasta la escena sexual explícita, Mariana narraba el breve texto erótico al pie de las fotografías, lo que tensaba un poco más el clima por los términos vulgares de las partes del cuerpo.

Lo que vi a continuación me causó más calor, Connie se pasaba su mano bajo su falda y claramente masajeaba su ingle, con su mirada perdida en la secuencia de fotografías, como era de esperarse mi reacción fue lógica, de erección inmediata el resto de la revista eran del mismo corte con diferentes personajes, hasta que, al final apareció una escena de en una escuela donde la joven pareja tenía sexo en un salón de clases.

Al terminar, todos notamos a Connie concentrada en lo suyo, lo que la hizo hacer una breve pausa seguido de un estresante silencio Jessica, Mariana y su amiga comenzaron a hojear las demás revistas y las expresiones no las disimulaban, devoraron las cuatro revistas completas y quedaron mudas hasta que Mariana habló.

—¿Qué se sentirá? —preguntó a las otras.

—¿Tocarlo?

Las demás coincidieron en albergar esa curiosidad sus miradas me inquirieron, se vieron entre ellas se hicieron unas señas y Connie fue la primera en hablar.

—¿Nos dejas verlo?

Me dijo, como si se tratara de ver una mascota, o un coche nuevo no supe qué decir, pero Mariana le añadió más sabor al momento al salir para estar segura que no había nadie y metió nuestras cosas al cuartito y cerró la puerta con llave, para sentarse cerca de mí el rostro de Connie estaba tan cerca que podía escucharla respirar, me sentí amenazado, arrinconado y sólo se me ocurrió decir:

—Yo también quiero ver?

Hicieron gesto de indiferencia y aceptaron.

—Primero tú—me dijo Mariana.

Me puse de pie, la situación me mantenía mi erección, quité mi cinturón lentamente, las miradas se clavaban en mi cierre, que bajé también con lentitud.

Mi pantalón cayó al piso y quedé en ropa interior, el bulto en ella traicionaba mi estado eréctil, lo que hizo se clavarán más en mi ingle.

—Ahora ustedes—les dije.

la primera en reaccionar fue Jessica, que bajó su falda y la aventó de una patada a su mochila, seguida de Connie que no despegó su mirada de mi bóxer y por último Mariana, que parecía más apenada.

Aquello se convirtió en el preámbulo de mi orgía personal, el olor a piel y el calor humano impregnaron el cuartito, entre el olor de libros viejos y a pintura vieja se mezclaron nuestras exhalaciones cada vez más profundas, pantaletas a rayas rosas, blancas y otra más con encaje, quedaron

al descubierto a pocos centímetros de mí, al alcance de mis manos.

—Lo que sigue—dijo con una sonrisa pícara Mariana, apuntando al elástico de mi bóxer negro.

Sin hacer más pausas lo bajé de un solo golpe y emergió al aire mi pene en aquel entonces casi en su madurez, pero firme, extático, luciendo al rojo vivo frente a tres espectadoras.

Se quedaron calladas, a los pocos segundos lo tapé con mis manos y les exigí continuaran.

—Ahora ustedes.

Casi al mismo tiempo fueron cayendo al suelo sus prendas, mis ojos se salían de sus cuencas cuando admiré aquellos vellos en desarrollo, abundantes, rubios los de Jessica, y oscuros los otros dos.

—Queremos toca—dijo Jessica, acercando su mano extendida hacia mi submarino nuclear.

No opuse resistencia y me sentí tocado por las manos de un ángel, Jessica lo tomó con tanta suavidad que no creí soportarlo,

—¿Duele? —preguntó al apretar cada vez más mi pene, se hincó y lo acercó a su rostro, lo observó, lo examinó desde la punta hasta debajo de mi escroto, como buscando algo.

—Sigo yo—reclamó Mariana, quien hizo lo mismo que Jessica pero con más detenimiento, al último se acercó Connie, sin decir nada y aun tocándose bajo su ingle, sus dedos estaban humedecidos y con esos dedos tomó mi miembro y lo masajeó diferente, suave, volteeé a mirar a las demás y cambiaron su expresión de repente, clavando su mirada en Connie, cuando bajé a verla ya llevaba medio camino recorrido de mi pene dentro su boca.

Me estremecí y sentí esa sensación única de calentura y electricidad, Connie no lo pensó dos veces y arremetió contra él.

Jessica Mariana e Ingrid comenzaron a tocarse, se recargaron en la pared y aceleraron el ritmo de su estimulación personal, hasta que Ingrid, la apenas conocida por fin habló, y preguntó:

—¿A qué sabe?

Y se sentó a un lado de Connie, como esperando beber algo de un grifo de agua.

—¿Me dejas probar? —preguntó Ingrid.

—Sí.

Dije fingiendo hacerle un favor, con la manga de su suéter removié los restos húmedos de Connie dejados en mi pene y con su lengua comenzó a probar, con sus labios a saborear y poco a poco fue avanzando, a mi alrededor tenía todo un espectáculo porno, Connie seguía estimulándose frenética.

Jessica y Mariana se estimulaban mutuamente.

Ingrid pareció entretenerse, mientras Connie se perdía en sí misma cerrando sus ojos contra la pared. Jessica se agachó para hojear una de las revistas, la observó junto con Mariana y ambas se miraron extrañadas.

—¿Qué es eso?

Se preguntaron haciendo un gesto de extrañeza.

Me mostraron el gráfico y se trataba de un tipo eyaculando el rostro de una chica.

—¿A ti te pasa lo mismo? —me preguntó Jessica.

Y la pregunta se me hizo razonable para esas alturas.

—Estoy a punto de...—Les dije, sentía venir el tren a la estación, pero Ingrid no cesaba en su empeño, justo en el segundo previo la retiré de los cabellos y una violenta descarga seminal cayó en sus mejillas y frente, que escurrió hasta sus labios.

Todos nos quedamos inmóviles.

—¿Qué pasó? —preguntó Jessica.

Y al parecer Ingrid no era nueva en esto, ya que les explicó que eso era normal, se limpió el rostro con unos pañuelos y me senté a relajarme un poco.

A mi lado quedaron las tres amigas observándome.

—¿Duele? —preguntó ingenua

Connie, aún con su entrepierna mojada

—No.

—¿Puedo tocar? —le pregunté.

Me dio permiso y con la yema de mis dedos repasé la entrada a su sexo.

La suavidad era impresionante, así como la estrechez, sus muecas me decían que el trabajo era el correcto, estrujó mis cabellos agresiva, y soltó un jadeo, alguien más volvió a engullir mi guerrero y no pude ver, porque Connie me tenía secuestrado con su manos en mi cabello.

Continué con la exploración e invité a otro dedo más a la fiesta, que poco a poco se abrió paso entre el apretado pasadizo rosa.

Ingrid, que estaba sola lejos de la celebración se incluyó en nuestra fiesta y acarició mi rostro, me besó en la boca con sus dientes y desabrochó lentamente la camisa blanca de Connie, abajo Jessica y Mariana se repartían la labor y entre ellas se estimulaban.

De reojo pude constatar que ambas ya estaban completamente desnudas, recostadas una frente a la otra atacando a mi fiel compañero, unos pequeños pechos pálidos colgaron coquetos bajo la blusa de Connie, que no dejaba de retorcerse por el trabajo de mis manos.

Ingrid invitó a Connie a la fiesta y formamos un singular trío de besos y lenguas húmedas y ardientes, mis impulsos enloquecieron cuando Jessica y Mariana avanzaron sin piedad hasta el final del camino, nuestros gemidos eran una especie de coro, unísono.

Ingrid por fin se deshizo de sus pocas prendas restantes y resaltaron unos pechos evidentemente más maduros y grandes, a propósito los acercó a mi cara y succioné uno de ellos, mientras Connie se encargaba del otro y soportaba la sensación de mis dedos invasores, sudor por todas partes, sexo simulado y pasión se respiraban en aquel cuartito escondido, Connie comenzó a desvanecerse y cayó en una especie de desmayo aturdida por una gran sonrisa, mis dedos terminaron con sus residuos, lo que me impulsó a chuparlos completos.

Ingrid se acercó a Connie y siguieron besándose sexualmente Jessica consultaba una de las revistas y como aconsejada por una fuerza invisible se puso de pie y separó sus piernas a mis costados, lentamente fue bajando hasta encontrarse con mi pene y colocarlo en su lugar, un dolor que la hizo gritar se desvaneció poco a poco hasta convertirse en placer, las entradas apretadas me hicieron sentir la sensación de estar entrando en el hocico de un lobo feroz, pero poco a poco me fui acostumbrando.

Mariana y Connie la observaban y se estimulaban aún, como influenciadas por ese acto, me imagino que por el dolor, Jessica se retiró y cayó a un lado dejando a Mariana continuar con su boca el trabajo.

Por fin la segunda descarga del día avisó su llegada y arribó con un fuerte chorro que cayó sobre mi pecho y en la espalda de Mariana, que reaccionó como ostión al limón con el contacto de mi esperma.

Pequeños chorros continuaron y dejaron mi pecho y abdomen salpicados de él.

Entre las tres hicieron una peculiar limpieza con sus lenguas y dedos. Al final quedamos tendidos como una especie de morgue con los cuerpos regados.

Ingrid no se juntó más con nosotros, pero Connie Jessica y Mariana me invitaron algunas veces más a perdernos en aquel cuartito misterioso, hasta que la vida nos fue separando por nuestros caminos y ya solo recordamos aquel otoño escolar de sensualidad sin malicia.

Ahora soy un profesor de historia, y mi historia siempre continúa.

ATRAPADO CON LAS BOLAS EN LA MANO

Me encontraba en el baño, me tocaba las partes más íntimas de mi cuerpo, cuando se dio cuenta su profesor se la estaba tocando.

Estando en la universidad de gobierno, tenía 19 años, a todas las estudiantes las hacían vestir los horribles atuendos, pero no a las universitarias.

Era una chica bastante atractiva, según las opiniones de todos los chicos que conocía.

Y yo no lo negaba, pues sus pechos habían llegado ya a una etapa de desarrollo bastante notable, casi a su actual y hermoso tamaño adulto.

En fin, en una de esas tardes en que no tenía nada que hacer, como de costumbre, fue al baño a echarme agua fría en la cara.

Se vio en el espejo unos minutos y maravillándose de su propia belleza, comenzó a tocarse toda, comenzó a rozar su vagina con su mano, a sobar su sexo a través de su falda.

Apretó sus pechos con delicadeza, sintiéndolos endurecerse conforme mi excitación avanzaba cada vez más y más.

Y de pronto, en el reflejo del espejo, me miró.

Me veía embobada, con mi mano en el pantalón, sobando mi pene al descubierto.

La volteeé a ver y comenzó a vestirse rápidamente, pero yo la detuve.

—No tienes por qué apenarte.

Era bueno estar orgulloso del cuerpo de uno mismo y conforme decía esto, se fue acercando a mí cada vez más y más, hasta que estuvimos juntos.

Y entonces, ella sacó por completo mi miembro del pantalón y comenzó a sobarlo lentamente, agasajándose de tan delicioso placer.

Mientras, los dos nos besábamos apasionadamente, sobando nuestros traseros.

Pegó sus pechos al mío y eso me provocó un notable aumento de erección.

De pronto, le di la vuelta sin aviso y levanté lentamente su falda, bajé sus bragas y poco a poco introduje mi pene dentro.

Dejó salir un breve gemido de placer.

Nos quedamos así, inmóviles por un tiempo, su vagina estaba tan apretada que no necesitaba hacer esfuerzo.

Mientras tanto, yo no dejaba sus pechos en paz, los jalaba, los estrujaba y los masajeaba deliciosamente, pellizcando sus pezones, con mi miembro metido completamente dentro de su vagina, sin moverse.

Se agachó ligeramente, echando para atrás sus caderas, provocando que mi miembro se metiera aún más, y se apoyó en los lavabos.

—Ahora sí, profesor Blake. Hágame el amor.

Y yo, sin palabra alguna, acepté y comencé a mover mis caderas muy lentamente hacia adelante, haciendo que sus nalgas se unieran a mí bruscamente.

Provocando que sus pechos subieran y bajaran con cada embestida, haciéndome gozar cada momento.

Ambos sabíamos bien cómo darnos placer mutuo, puesto que su vagina y mi pene habían sido hechos el uno para el otro, por así decirlo.

Y de pronto, de la puerta del baño, entró una amiga suya, vistiendo muy sexy. Se paralizó unos momentos, pues no supo si correr o quedarse a ver el espectáculo, pero finalmente, tomó la mejor opción

de todas, unirse a nosotros.

Saqué mi pene, y entonces, ambos comenzamos a tocar a nuestra nueva integrante.

Ambos la tocamos en cada centímetro de su hermoso cuerpo, ambos la deseamos en ese momento y así seguimos durante bastante tiempo, hasta que ella estuvo a punto de tener un orgasmo.

Su amiga se puso de cuatro en el piso y ella la montó, comenzó a moverse como si pudiese penetrarla de algún modo, hizo los movimientos rápidos, mientras apretaba sus pechos fuertemente y apretaba sus caderas contra las suyas con cada embestida femenina que ella le daba.

Y entonces, yo les hice el favor de acabar con esa fantasía y de un solo golpe, le introduje el pene.

Sentí de nuevo aquel maravilloso placer.

Su vagina chorreaba jugos, al ser penetrada por su maestro y al cogerme a su amiga al mismo tiempo.

Las dos habían sido muy cercanas, pero no a tal grado de hacerse el amor.

Después de unos minutos de haberla penetrado con placer, saqué mi pene y se lo puse en la boca a su amiga, diciéndole:

—Anda, toma, prueba a tu amiga, saboréala.

Y comencé a embestirla.

Mientras la otra se regocijaba viendo.

Todos gemíamos como locos, gozando tal placer que nos daba aquella orgía y entonces, el momento de la eyaculación se produjo.

Vacíé todo en la boca de su amiga, ahogándola, lo cual provocó que su amiga tuviera un orgasmo gigantesco y ella aprovechó para lamerle todos los jugos que salieron de su sexo.

Me quedé inmóvil, recuperándome de mi previa eyaculación, mis huevos necesitaban más tiempo para volver a tener fuerza, por lo cual, tuve que descansar unos momentos, mientras las veía.

Tiró a su amiga sobre el piso, de espaldas y la miró unos momentos, planeando lo que iba a hacer.

Se sentó sobre ella, poniendo su vagina sobre la suya, agarrándola de los pechos suavemente, masajeándolos, recorriendo cada centímetro de ellos y deleitándose con sus bellos pezones oscuros.

Comenzó a saltar sobre ella, de nuevo como si me estuviera penetrando con un pene imaginario.

Y cada vez, aumentó más sus movimientos, realmente parecía como si tuviera algo dentro de su vagina, parecía que un gran y viril pene se introducía en ella y la hacía gemir de placer.

Su amiga la tomó de los pechos mientras ella saltaba, se los apretó, se los torció, hizo de ellos lo que quiso y yo ella se ahogó en un gran orgasmo que derramó jugos vaginales por todo el piso.

Las dos se miraron y nos besamos apasionadamente, metiendo nuestras lenguas en nuestras bocas, deseándonos como locos.

Y cuando se acercaba su orgasmo, regresé, e introduje mi pene en la vagina de su amiga, haciéndola a un lado, dejándola a la otra con las ganas.

Y comencé a embestirla con una velocidad y una fuerza impresionantes.

Su amiga disfrutó ese momento como nunca había disfrutado nada más, con sus pechos hinchados y sus pezones grandes y duros.

Gimió como loca, mientras mi pene le alcanzaba sus puntos más recónditos, donde su orgasmo se produjo y la dejé rendida, sin poder moverse debido al placer y gozo que le provocó cuando lo tuvo.

Pero yo seguía penetrándola.

Y su amiga, por más que intentaba moverse al ritmo mío, para darme placer, no podía, puesto que

el orgasmo la había agotado.

Así que tomé a la otra en su lugar y de igual manera, me ensarté y comencé a embestirla rápida y bruscamente.

Su vagina se movía con cada movimiento, y los dos gemíamos deliciosamente, ahogados en lujuria.

Continué moviéndome lentamente como intentando liberar el resto de mi carga dentro de ella. Terminó con tirarse al piso, desnuda y agotada.

EN MI DESPACHO

Entró en mi despacho con la intención de preguntarme unas dudas sobre la asignatura. La verdad es que en mi asignatura siempre tenía dudas. Me prestaba tanta atención, a mis pantalones ceñidos a mi bonito culo, al intenso brillo de mis ojos, a la movilidad de mis dedos que tantas ganas tenía de sentir sobre su piel, que normalmente no se enteraba de nada de lo que decía en la clase.

Nada más entrar por la puerta de mi despacho, después de llamar inocentemente, la recibí con una sonrisa tan cálida y cautivadora que me sentí duro y me hizo temblar las piernas.

—Pasa Ana, ¿Alguna duda sobre mi clase de hoy?

Mientras yo sentía como todo el calor de mi cuerpo se concentraba en mis pómulos sonrojados y...entre mis piernas.

Le ofrecí sentarse en una silla de cuero negro frente a mi mesa y me interrogó con la mirada. Me expuso sus dudas sin poder quitarme de la mente sus labios que tanto me apetecía besar.

Me levanté de mi asiento. Coloqué mis brazos sobre los brazos de la silla y con dulzura empecé a explicar sus dudas.

Ella podía sentir mi aliento jugando en su pelo. El calor de mis palabras atravesaba su melena y erizaba los pelos de su nuca. No pudo evitarlo me eché a temblar.

En los brazos de la silla, mis dedos jugueteaban tamborileando. Mis palabras dejaron de ser audibles para sus oídos. Solo podía pensar en aquellos dedos ágiles jugueteando entre mis piernas, en la cima de mi placer, en aquel lugar prohibido que yo ya sentía duro.

Estaba nerviosa, alterada, excitada, cachonda, loca de deseo y sin saber realmente lo que hacía, en un impulso incontrolable, mecánico, agarró una de mis manos, la arrancó de apoyabrazos de la silla y la apoyó con fuerza contra su sexo latente por encima de la tela de su falda.

La apretó con fuerza con mis dos manos por si yo reaccionaba intentando apartarla. No quería que me moviera de allí.

No lo hice.

Durante unos segundos me quedó quieto. Podía sentir el calor de mi mano en su húmedo sexo. Notaba la tela de su braga humedecida. Su excitación era tal que sus pezones se endurecieron contra su blusa y mordiéndose los labios empezó a contonear sus caderas contra mi mano.

Yo no decía nada, no hacía nada. Podía sentir mi respiración en su cuello, mi mano en mi sexo.

Entonces empecé a mover mis dedos. A tamborilear como había hecho antes en la silla pero ahora sobre su sexo. Al sentir mis dedos moverse, de su boca escapó un gemido de placer.

Soltó mi mano y se aferró a los brazos de la silla.

Con mi otra mano aparté el pelo de su cuello y empecé a besarlo con dulzura, dejando restos de mi humedad en su cuello, en el lóbulo de su oreja, casi en sus hombros.

La mano que acariciaba su entrepierna se detuvo un instante.

—No pares por favor.

Subí su falda hasta dejar sus muslos a la vista. Ella abrió sus piernas. Sus bragas de color rosa tenían una enorme mancha a la altura de su sexo. Estaba tan caliente.

Lo separé con la yema de mis dedos. Aquellos dedos mágicos que tantas ganas tenía de sentir sobre su piel. Los deslicé por todo mi sexo. Empapándome.

Haciéndola gemir de placer. Luego empecé a masturbarla. Primero despacio. Rozándola. Pasando los dedos por cada poro de sensibilidad de su empapado sexo.

Después martillé con delicadeza su clítoris y por último, haciéndole estallar en gemidos incontrolables, le penetré con dos de sus dedos.

Era tanto el placer que sentía que notaba como su cuerpo se contraía y su espalda se arqueaba buscando sentir más dentro de sí aquellos dos dedos.

—No pares, no pares.

Era lo único que era capaz de decirme entre gemido y gemido.

Entonces llamaron a la puerta. Ninguno de los dos dijimos nada. Ella contuvo sus gemidos. Se mordía los labios hasta casi hacerlos sangrar. Estaba al borde del orgasmo. Necesitaba llegar al orgasmo.

En la puerta seguían insistiendo. Golpeaban cada vez con más insistencia en el cristal opaco que nos ocultaba de miradas indiscretas.

Respondí:

— Un segundo, por favor, ahora le atiendo.

Mientras aumentaba el ritmo de mis penetraciones en su sexo.

Me agarró la mano. Su cuerpo se contrajo, su sexo se convulsionó, sus labios sufrieron la mordedura de un brutal orgasmo contenido.

Después fui hacia la puerta. Ella se colocó la ropa. Era el director que venía a preguntarme por los exámenes.

Yo la miré:

—Seguiremos con las explicaciones en otro momento...y no te preocupes profundizaremos un poco más en la materia.

Sonrojada se levantó y Salió del despacho.

Sólo esperaba que yo no tuviera que dar muchas explicaciones por la mancha de olor sexual que había en mi silla.

Al día siguiente volvió al despacho. Se había pasado la noche pensando en mí, en la suavidad de mis manos, en cómo la había masturbado.

Había pensado tanto en mí y en aquel momento a mi lado que había terminado masturbándole bajo mis sabanas susurrando entre gemidos mi nombre.

Se había levantado con una decisión tomada. Aquello no podía acabar así, yo me merecía una recompensa por ser tan aplicado en mis explicaciones.

Con una sonrisa entró en el despacho.

Yo, al verla entrar en mi oficina con aquellos pantalones vaqueros ajustados que remarcaban su figura, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y con una sonrisa maliciosa en la cara, no pude evitar sentirme sexualmente atraído de nuevo.

Yo también había tenido que masturbarme en mi casa recordando el olor de mis dedos cuando la joven se convulsionó apretando mi mano.

Fui a levantarme para recibirle pero con un gesto me hizo ver que no hacía falta.

—Tranquilo profesor, hoy no vengo a preguntarle dudas, solo a devolverle el favor de ayer.

HISTORIA... DE NUEVO.

Ella:

Como en casi todos los colegios que yo conozco, cuando acabas secundaria hay un viaje de fin de curso

que sirve para relajarse, despedidas y otras cosas...

Nuestro viaje fue a Mallorca y fue algo inolvidable por lo menos para mí.

Resulta que durante el curso había aprobado todo salvo la asignatura de física que se me había atragantado y no podía con ella, no aprobé la recuperación de junio y salvo que aprobara en septiembre no pasaría de curso con todo lo malo que eso supondría en mi expediente académico y en mi vida personal.

Era algo que no me dejaba de ronronear por la cabeza y salvo que diera una solución al problema, no sabía cuáles serían las consecuencias finales.

Casualmente y me vino como anillo al dedo, vino de monitor de entre varios, Thomas mi profesor de historia y quién me tenía que volver a examinar en septiembre.

Era un chico fornido, rubio y muy guapo, con fama de mujeriego y algo hijo de puta. A sus treinta años era todo un sex simbol en el colegio.

Yo después de dos días de vacaciones me lo estaba pasando bien pero aún rondaba por mi cabeza qué ocurriría en septiembre si no conseguía aprobar el examen y no paraba de buscar soluciones y alternativas.

Tanto pensé que al final opté por lo más directo, ir al grano y hablar con mi profesor de física a ver si existía algún tipo de solución al respecto...

Tener sexo con él.

Una noche que estaba en una fiesta en la playa cerca del hotel donde nos hospedábamos, divisé a lo lejos a Thomas que iba paseando sólo por la playa, yo que iba con unas copas de más me animé y me dispuse en ir en su busca y tratar el tema a la cara.

Me apresuré a alcanzarlo y cuando ya estaba junto a él hablamos.

—Profesor Blake.

—Hola.

—Quería comentarle unas cosas si me lo permite.

Le traté el tema directamente y sin tapujos, necesitaba aprobar el examen en septiembre porque mi futuro estaba en juego y que no sabía qué hacer al respecto por lo que estaba muy preocupada.

Yo notaba que Thomas me prestaba atención pero no me miraba a los ojos, sólo miraba mis pechos en punta que se marcaban debajo de mi camiseta negra ajustada, al mismo tiempo que bajaba la mirada hacia mi pantalón vaquero corto que me hacía un culito de lo más provocador.

Me dijo:

—Si quieres aprobar tienes que esforzarte y ya sabes lo que tienes que hacer.

Nada más decirme eso se tocó su miembro y se rió.

Yo entendí lo que quería decirme y como estaba tan necesitada de aprobar tuve que tragar como una prostituta desesperada.

En otras circunstancias lo hubiera hecho de todas maneras o abofeteado. En esta ocasión era mi pasaporte hacia el aprobado y hacia mi futuro más inmediato, por lo que me acerqué lo máximo posible y nos besamos alocadamente.

Mientras nuestras lenguas se conocían, tocaba mi culo y mis tetas con sus manos, al mismo tiempo que restregaba su sexo contra mí.

Cuando ya estaba totalmente caliente y empalmado, se bajó sus pantalones y me dijo que empezara a “esforzarme”.

Yo accedí sin rechistar esperando su complacencia y obtener mi pasaporte hacia el éxito.

Al estar oscura la playa y vacía, me arrodillé y empecé con gran maestría y perseverancia a lamerle su pene erecto, para demostrarle que me iba a esforzar por aprobar la asignatura.

Después de varios minutos recorriendo mi lengua por su enorme falo, el profesor Blake gimió un instante y se corrió dentro de mi boca.

Nos limpiamos ambos y nos dirigimos al hotel tranquilamente por la playa.

Los siguientes días trabajé mi asignatura como si la vida me fuera en ello, iba y venía de su habitación. Al final en septiembre me presenté al examen y conseguí aprobar y con excelencia.

Ella:

Les diré que mis amigos consideran que tengo un cuerpo espectacular, con una delantera muy potente y unas buenas caderas. Además, me considero bastante atractiva.

Vamos, un verdadero bombón, aunque esté mal que lo diga yo misma. Tenía un novio que era muy guapo también y con un cuerpo espectacular que era la envidia de mis amigas. Pero después de lo que te contaré, solo pude romper con él, pues dejó de satisfacerme por completo.

Los estudios no se me dan mal, la verdad. Estoy en segundo año de carrera y solo llevo pendiente una asignatura del año anterior.

Así pues, al llegar los exámenes de diciembre de este curso, con nueve asignaturas de este año más la del año anterior. Como pensé que serían demasiadas, decidí concentrarme en ocho de ellas, entre las cuales se encontraba historia.

Aquella asignatura no me gustaba mucho. Además, el profesor no me caía bien. Era un hombre un poco arrogante, engreído, autoritario. Seguro de sí mismo. Había algo en el modo en que me miraba que me ponía nerviosa.

Me miraba con un descaro y una falta de discreción al escote. He de decir que, por un lado, me parecía repugnante, pero por otro, esa forma enérgica y autoritaria con que me miraba hacía que algo se activase en mi interior. En el fondo, he de reconocerlo, me parecía que esa agresividad tenía un cierto atractivo.

Independientemente de esa sensación a lo largo del cuatrimestre, traté de estudiar por igual las ocho asignaturas que había decidido presentarme, y al final creo que me salieron unos buenos exámenes.

Así fue con todas las asignaturas, que saqué entre B y C, pero cuando llegué al tablón notas de historia, me encontré una D-.

Aquello debía estar mal, seguro que era un error. No podía creer que tuviese una D-, puesto que había hecho un buen examen, corroborado después con mis compañeras, que sí habían aprobado. Tendría que ir a revisión.

Al día siguiente me acerqué al departamento correspondiente y entré a hablar con el profesor. No estaba y me atendió su secretaria, indicándome que le enviara un correo al profesor para quedar con él y que él directamente me contestaría.

Así lo hice y el muy cabrón me citó el viernes a las ocho y media. Vaya horario, pensé. Seguramente, no desearían verlo pronto en su casa.

Ahora me tocaría arreglarme para irme de fiesta, pues no me daba tiempo a ir a la revisión, pasar por casa y arreglarme, para una cena que tenía después. El profesor me caía ahora peor que nunca. Finalmente, llegó el día de la revisión. He de decir que quizá me pasé un poco con el escote, considerando que, antes de la fiesta, tenía una revisión, pero eso lo consideraré demasiado tarde.

Esperando a la entrada del despacho, me sentía un poco tonta, al ver a mis compañeras vestidas con ropa de diario, mientras yo parecía modelo de pasarela.

Bueno, no lo podía solucionar ya.

Sobre las ocho y cuarto, el profesor salió de revisar el examen con un compañero de clase, y se asomó al pasillo. Solo quedábamos tres personas.

Me miró unos instantes, escrutadoramente, y nos dio orden a los tres, dejándome en último lugar.

¡Qué hombre más desagradable!

Ni siquiera se molestó en comprobar quién había llegado primero, y ahora se me iban a colar los

otros dos compañeros.

Genial, llegaría tarde a la cena, pensé.

Finalmente, a las nueve menos cuarto, salió el último alumno. Yo ya estaba desesperada. A este paso, ¡seríamos los últimos en salir de la universidad!.

Entré y cerré la puerta y me quedé parada esperando a que me diera permiso para sentarme. El profesor me miró de arriba abajo durante unos segundos. Sentí con repugnancia como si me hubiesen pasado unos rayos x.

—Vamos a ver tu examen—Rebuscó en un montón de folios y finalmente localizó mi examen, que lo puso encima de la mesa.

Se veía claramente D-

—Ahí lo tienes.

Me puse a revisarlo. Mientras miraba el examen para ver de dónde podía rascar para aprobar, notaba cómo clavaba su mirada lujuriosa en mi escote. El hombre estaba disfrutando de lo lindo con el modelito que había elegido y yo me estaba cagando en todo por mi decisión.

Finalmente, encontré un par de cosas donde el profesor se había equivocado al corregir, y la suma final estaba mal. En definitiva, tenía clara y justamente una B, y así se lo hice saber.

—Mire señor Blake, aquí y aquí la respuesta está bien, con lo cual tendría que tener un punto más en cada pregunta, y además, la suma total está mal. Tendría que tener en total una B.

Se me quedó mirando fijamente.

—¿No me digas? —me dijo con un tono que me pareció sarcástico.

—Sí, una B—le reiteré. Una sonrisa apareció en mi cara, consciente de que tenía razón y estaba aprobada.

¡Una menos!

—¿De verdad?

—Desde luego.

El profesor se levantó y rodeó la mesa, para apoyarse en la mesa justo al lado de mi silla. Desde esa posición, pensé, debía verme por el escote hasta los pies. ¡Cabron!

—¿Y... qué gano yo cambiando su nota, señorita Reed?

Me dejó con la boca abierta. No comprendía qué quería decir. ¿Cómo qué ganar? Solo tenía que corregirlo y aprobarme, pensaba yo, no tenía nada que ganar.

Mientras yo pensaba esto, el profesor se acercó a la puerta y le echó el pestillo, aunque yo no me di cuenta de ello.

—Pero profesor... ¿Ganar qué?

El profesor se acercó a mí y sin decir palabra... se desabrochó los pantalones y se los bajó.

—Chúpamela.

Me quedé de piedra, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Delante de mí, el profesor de historia se había quedado con el pene al aire... ¡pero qué pene!

No me dio tiempo a reaccionar ni al asombro, pues sin darme cuenta me cogió la cabeza y me obligó a ponerme de rodillas delante de su miembro a medio empalmar.

—Vamos.

Su pene entró en mi boca. Ya la notaba grande y gorda, y sentía que llenaba casi toda mi boca. Él controlaba mis movimientos cogiéndome el pelo por la nuca, y se coordinaba con los suyos, metiendo y sacando su polla de mi boca a su gusto. Con el movimiento, se empezó a excitar y aquello empezó a crecer.

El profesor no paraba de gemir y decirme barbaridades y obscenidades. Controlaba la situación,

y yo no sabía cómo reaccionar.

Sacó su pene y me levantó la cara para que viera la lujuria reflejada en su cara. Me dejó tomar aliento un instante para volver a metérmela y seguir cogiéndome la boca. En el descanso pude ver en todo su esplendor. Era increíble. Sentí que me empezaba a calentar y a humedecerme.

Mi profesor es un tipo áspero, rudo, dominante.

No sé en qué momento fui consciente de que aquello me estaba gustando. Siempre me han resultado atractivos los hombres dominantes y un poco agresivos, y confieso que en algún momento del curso pensé en ello, pero como decía, hubo un momento en el que fui consciente de que lo que había sido una clara vejación, pronto se transformó en algo que quería hacer.

De repente, me descubrí con ganas de chuparle y convertirme en su puta y que me dominara e hiciera de mí lo que quisiese con aquel miembro increíble.

Su brusquedad, su dominio y la masculinidad con la que manejaba la situación habían acabado por mojarme del todo mis finas braguitas de encaje.

Ahora ya no sabía qué hacer, si resistirme a la vejación a la que me estaba sometiendo, o lanzarme a jalársela con todas las ganas que me estaban entrando.

Hubo un momento en el que cambié el chip. Cuando pasé a hacer las cosas de obligadas a voluntarias, él lo notó al instante, jadeando de placer por la chupada que le estaba haciendo.

Él tenía ahora cara de estar encantado. Yo seguía comiendo delicioso, mirándole a los ojos con cara de niña dulce.

En definitiva, me gustaba mucho.

Además, el profesor sabía de la valía de su verga, y sabía cómo manejarla, y sabía lo que quería. Nada que ver con mi novio, que era un principiante en estas lides y no controlaba nada.

Mientras seguía mamándole, él empezó a amasarme los pechos por encima del vestido.

— ¡Quítate el vestido, vamos! Desnúdate.

Su forma dominante de dirigirme me tenía totalmente mojada, estaba supe excitada con esta dominación.

Sorprendido por mi actitud afable e infantil, felicitándose por su suerte y lo bien que se lo iba a pasar.

Terminé de quitarme el vestido y me quedé en ropa interior.

Él se quedó disfrutando de las vistas mientras se meneaba suavemente su preciosa. Aquello me excitó tanto que no lo pensé más. Me quité mi ropa interior, dejando mis enormes senos al aire y me quité unas bragas que casi estaban chorreando.

Lo miraba masturbarse y tenía ganas ya de echarme a comérsela de nuevo. Intentaba mirarle inocentemente, aunque la lujuria me devoraba ya. Ahora estaba a sus expensas, deseosa que me hiciese algo con aquel mástil que tenía.

El profesor siguió tocándose lentamente, disfrutando de ver mi cuerpo desnudo. Me comía con los ojos, mis pechos al aire, mis piernas ligeramente abiertas dejando ver mi sexo rasurado y húmedo. ¡Necesitaba que me tocara ya!

Cuando ya empezaba a desesperar en aquel parón, finalmente se acercó a mí y empezó a besarme el cuello lascivamente, y pronto bajó a comerme los pechos.

Si antes estaba mojada, eso no fue nada cuando empezó a comerme con sus grandes manos y su lengua rugosa. Lo hacía con energía, con rudeza, y aquello me excitaba más todavía. Mientras me comía los pechos y succionaba mis pezones, una mano suya se deslizó a mi entrepierna y me palpó con pocos miramientos.

Notó que estaba totalmente húmeda. Así que, sin perder tiempo, metió dos dedos en mi sexo ya

palpitante. Aquello fue demasiado para mí, que ante sus primeros movimientos bruscos, me corrí en sus manos profusamente.

Aquel hombre tenía una manera de tocarme ruda y sin miramientos, mucho más feroz que como lo hacía habitualmente mi novio. Estaba en el límite de hacerme daño, pero descubrí que me excitaba como nunca antes lo había sentido.

Aquello pareció surtir el efecto deseado, porque mi negativa le puso más caliente si cabe, y no tardó en agarrarme y tumbarme sobre la mesa de su despacho. Se puso detrás de mí y me penetró sin más cuidados.

Sin ningún tacto, empezó a bombearme con energía y decisión. Mientras me la metía, me decía cosas al oído, y yo ya no podía más que excitarme y tener orgasmos repetidos. Me bombeó como cosa de quince minutos, a buen ritmo, y tuve tres orgasmos seguidos.

Jadeante, me cogió del pelo, e hizo que me arrodillara ante él de nuevo, ante su palpitante miembro.

—Me cogeré tus pechos.

Puso su miembro entre mis pechos.

Estaba tan mojada de mis flujos que pronto se deslizó con suavidad. Notaba aquel mástil caliente y palpitante deslizarse entre mis pechos y lo apretaba fuerte para darle el mayor gusto posible.

Con esto, embistió más fuerte hasta que noté que su miembro empezaba a convulsionar. Cuando paró, yo no pude más que llevarme la mano a mi sexo y frotándome intensamente mi clítoris acabé el último orgasmo, que también fue muy intenso.

Qué lástima, pensé, que ambos nos tuviéramos que ir.

Me dio unos pañuelos para que me limpiase su corrida, mientras se subió los pantalones y volvió a su asiento.

Yo me limpié y me vestí.

—Bueno, creo que te has ganado una A+.

GRACIAS PROFESOR.

Se llamaba Thomas y había sido profesor mío en el instituto, hace años. Tenía una mirada magnética y una media sonrisa sarcástica que hacía imposible el pasar inadvertido.

Con él era todo eran extremos: tan fácil era amarle como odiarle. Y muy a mi pesar yo me había pasado un par de años en el instituto perteneciendo al aquel primer grupo.

No puedo decir que me enamorara de él, como ocurre a menudo con las alumnas y sus profesores. No, lo mío era sólo deseo.

Era el primer hombre al que había deseado en mi vida, y a pesar de todos mis esfuerzos, seguía deseándolo diez años después.

Recurría a su imagen casi a diario; le imaginaba en la ducha a mi lado recorriendo mi cuerpo con sus manos mientras el sonido del agua apagaba los gemidos de mi solitario placer; le imaginaba a mi lado en la cama, cuando mi marido se quedaba dormido después de hacer el amor, haciéndome gritar de gozo entre sus experimentados brazos.

Era mi fantasía favorita, el mejor amigo imaginario que una mujer podría tener. Sin embargo hace un mes todo cambió. Recibí una carta de mi instituto invitándome a un baile de antiguos alumnos, allí acudirían todos mis viejos compañeros...y mis profesores también. La idea de volver a verle hizo que un estremecimiento recorriera todo mi cuerpo.

Me las apañé para convencer a mi marido de que no me acompañara y que se quedara en casa, al fin y al cabo él era bastante tímido y aquellas fiestas le agobiaban. Quería volver a verle a solas para contarle que siempre había sido mi profesor favorito, para contarle todo lo que había significado para mí.

Al fin llegó el día del baile y al anochecer me planté en mi antiguo instituto con la mejor de las sonrisas.

Al llegar, reconocí a muchos de mis compañeros y allí entre la multitud, le vi a él. Con excepción de unas cuantas canas más, estaba igual que hacía diez años.

Le vi conversando con otro profesor en el fondo de la sala, y al verme entrar me miró fijamente. Sin duda me recordaba. Me dirigí hacia él y después de los típicos saludos y de una breve exposición de lo que había sido mi vida desde que dejé el instituto, me di cuenta de que había algo muy especial en la forma en la que me miraba.

Entonces le pedí hablar con él a solas. Sin preguntarme nada, me sacó de aquella sala cogiéndome de la mano y me llevó a uno de los seminarios.

—Quería darte las gracias, Thomas.

—A mí, ¿por qué? —sonrió extrañado.

—Siempre has sido mi profesor favorito, ¿lo sabías?. Quiero darte las gracias por todas las noches en las que he recurrido a tu recuerdo para poder dormir, por todas las salvajes fantasías que me has proporcionado a lo largo de estos años, sin tú saberlo. Tu recuerdo siempre ha estado aquí conmigo, y por ello quiero darte las gracias.

Él, que había permanecido serio, impasible, mientras le hablaba, me agarró de la cintura y me atrajo hacia sí.

—Tú me das las gracias—me dijo mientras sentía su respiración en mi boca. —Desde que has entrado por aquella puerta estoy deseando devorarte la boca y hacerte mía, y ahora me dices eso. Gracias a ti preciosa, porque ahora nada ni nadie va a impedir que cumpla mis deseos.

Entonces puso su boca sobre la mía y empezó a besarme suavemente. Sentí como sus cálidos labios mordisqueaban los míos una y otra vez mientras estrechaba mi cintura entre sus fuertes brazos. Y

con el primer roce de su lengua sobre la mía, un quejido de placer se me escapó de dentro y me volví loca.

Como una loca le devoré la boca mientras él comenzaba a meter sus manos por debajo de mi jersey, buscando como un desesperado mis duros pezones que destacaban descarados por debajo de la fina tela, deseando ser tocados, pellizcados, mordidos.

Como una loca gemí al sentir su boca en mis pechos, mordiéndome y chupeteándome sin ninguna consideración, excitándome cada vez más con su hábil lengua.

Y como una loca caí al suelo de rodillas, desabrochándole los vaqueros codiciosamente, imaginándome el succulento manjar que me esperaba en aquel bulto enorme. Entonces le bajé los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos y pude contemplar asombrada, el pene más magnífico que había visto en mi vida.

Alcé la vista unos segundos buscando sus ojos, como para pedirle permiso para probar aquel grandioso miembro que se alzaba frente a mi rostro. Él, con la respiración entrecortada, asintió varias veces con la cabeza dando su beneplácito.

Y en ese momento mi lengua pudo deleitarse acariciando el suave tacto de su glándulo rosado.

Afuera continuaba la fiesta, y el volumen de la música era tan alto que nadie podía escuchar los incesantes gemidos de mi amante, quien me sujetaba con fuerza la cabeza, mientras yo insistía una y otra vez en la imposible tarea de abarcar todo su pene con mi boca. Lo sentía caliente, enorme, a punto de reventar.

Súbitamente, me agarró por los hombros obligándome a ponerme de pie y me tumbó sobre la mesa en la que había estado apoyado.

Volví a sentir su boca en la mía mientras metía su mano entre mis piernas por debajo de la falda, empapándose en mí al tocar mi sexo mojado por aquel fuego que me consumía.

Y entonces me arrancó la única prenda de ropa interior que llevaba y de una sola vez me penetró.

Grité. Grité y creí morir al sentir aquel salvaje embiste que me quebró las entrañas, que me hizo apretar los ojos de placer y me llevó al borde del éxtasis.

Él se movía encima de mí enardecido, mordiéndome el cuello y gimiendo como un loco en mi oído mientras me agarraba con fuerza de las caderas.

Y yo desde abajo, le aprisionaba entre mis piernas moviéndome al compás de su fiero vaivén para no perder un centímetro de aquel extraordinario apéndice que exaltaba mis sentidos llevándome al límite de la demencia.

Y le abrazaba, clavándole las uñas; y le besaba, sintiéndole muy dentro.

Y le lamía, acariciaba, mordía, estrechaba, gritaba, sentía, suplicaba, gemía, amaba, gozaba,...gozaba,...GOZABA,...Y ESTALLÉ.

Un estremecimiento como jamás antes había sentido recorrió todo mi cuerpo; sentí cómo él se vaciaba en mi interior, y todo el silencio del mundo reposó durante unos segundos en mis oídos.

Después de aquello, volví a escuchar la música de fondo. Él levantó la cabeza, respirando aún con dificultad y me besó tiernamente. Estuvimos algún tiempo así, el uno sobre el otro empapados en sudor y placer, regalándonos caricias y susurrándonos al oído. Después nos vestimos y nos marchamos de la fiesta sin despedirnos de nadie, impacientes como estábamos de seguir derrochando placer en aquella interminable noche.

Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche. Ahora mi marido ya no es mi marido. Su novia ya no es su novia. Y cada anochece, mi querido profesor y yo volvemos a quemarnos en el fuego de nuestro propio deseo, consumiendo nuestro amor entre caricias hasta no dejar más que cenizas. Gracias profesor.

LA NIÑA DEL PROFESOR

Mis clases fueron mucho más que historia, desvirgué a mis alumnas por delante y por detrás y les enseñé a hacer un buen sexo oral.

Ella es de tez morena y muy delgadita. Sus labios son carnosos y sus ojos negros me matan, como su pelo negro lacio azulado que le llega a los hombros.

Hace una semana, mientras llovía en la ciudad, era poco antes de la noche, cuando pasé por casa de esta alumna, a la que doy clases particulares. Ella estaba sola y estudiaba primer curso de historia en la universidad. Se trata de un centro religioso, aunque yo no soy sacerdote, por lo que las alumnas van bastante recatadas en el vestir.

Cuando abrió la puerta me dedicó la mejor de sus sonrisas. Sus labios siempre me vuelven loco y había tenido fantasías nocturnas con ellos, pero en la realidad nunca intenté nada por mi iniciativa.

Me llevó directo a su cuarto adornado con fotos de cantantes de moda y me sentó a su lado en su propia cama para enseñarme sus libros. Su falda a cuadros de uniforme universitario estaba subido por arriba de sus rodillas para mayor comodidad y su blusa tenía los botones superiores abiertos y se veían, sin sostén, sus pechitos morenitos con pezones evidentemente erectos.

Me sentí mareado, pero no dije nada. Vi los libros y quise leerlos, pero su mano se posó sobre mi pierna izquierda, por donde descansaba mi miembro. Tuve una gran erección al instante y ella la notó.

Su dedo meñique, tocó la enorme punta de mi pene que estaba por explotar y ya no hubo necesidad de iniciativas. Le tomé la mano y la puse sobre el glándulo y ella empezó a acariciarlo y cerró sus ojos negros. La besé en la boca y le introduje la lengua mientras ella aceleraba la caricia en mi pene.

El suceso me turbó tanto que he olvidado algunas partes. Recuerdo que ya estábamos desnudos y yo la besaba mientras me arrojaba encima de su cuerpo.

—Por favor, profesor Blake.

Me volví una bestia, la tomé del pelo y la agarré con rabia sexual. No podía aguantar más y la penetré.

Ella seguía llorando, pero pidiendo más, entonces decidí penetrarla entera. Ella gritó alto y sin tapujos y se le bañó de lágrimas el rostro, no sabía que alguien podía llorar tanto del placer.

Entre y salí cada vez más profundo hasta que ya no podía más y temí terminar en su interior. Entonces decidí darle la vuelta.

Empezó a entrar con dificultad, pero al final, su ano se abrió a mí.

Al cabo de unos minutos, le puse la cara sobre mi pene, mientras se arrodillaba en la cama a lamer. Empezó como con mordiscos y le fui diciendo cómo tenía que hacerlo.

Entre gritos y gemidos apagados fue recibiendo toda mi descarga.

En la mañana del día siguiente recibí su llamada.

—No me dejes así, profesor, ven, que me quedé en casa sola con el pretexto de que estoy enferma y no pude ir a la universidad.

Volví y desde entonces estoy viviendo una locura con ella.

Ayer apenas me insinuó que le llevara otro hombre para sentir el placer de dos a la vez.

Me llama por lo menos cuatro veces a mi oficina y mi secretaria (de quien fui amante hace dos años) empieza a sospechar y sonrío maliciosa cuando me dice:

—Lo llama su niña, señor.

MALAS NOTAS

La primera vez que sentí atracción sexual por un hombre fue excitante, pero más al tratarse de mi profesor.

Yo estaba en mi último año de secundaria y faltaban cuatro meses para el día de mi graduación. Estaba emocionada por eso pero más por lo que sentía por mi profesor de historia;

No sé si la obsesión que tenía por él, fue la que me hizo ser de las que iban mal en su clase, yo nunca puse atención a lo que decía, solo ponía atención a como movía sus labios y como quería imaginármelos rozar con su lengua todo mi cuerpo, cada rincón de mí; pero muy en el fondo sentía que era imposible.

Así parecía ser hasta que decidí que él iba a ser mío fuera como fuera. Estaba dispuesta a todo y parecía no tener limite, hasta que busqué la excusa perfecta para acercarme más a él; mis malas notas en historia.

Fingí una preocupación terrible y le decía que quería mejorar y obtener buenas notas. Él me escucho atento pero abrió de golpe los ojos cuando le dije:

—Quiero que seas mi tutor personal de historia.

Por supuesto me dijo que no podía porque era una norma del colegio no tener ningún tipo de relación entre alumna y profesor.

Pasó una semana y perdí cuantas evaluaciones pude. Mi profesor en un receso se me acerco y me dijo:

—Tus notas me preocupan bastante.

Inventé todo lo que se me vino a la cabeza y todo concluyó en que me ayudaría con unas tutorías fuera de clase, pero no podía decirle a nadie sobre eso.

De repente nos quedamos mirando fijamente y acercó sus labios a los míos. Nos besamos al principio delicadamente pero después de un rato fueron más apasionados. Se retiró como si se sintiera avergonzado pero con unas ganas de seguir que no podía ocultar.

Me desabrochó la camisa y mi sostén quedó al descubierto yo le quité su playera y vi sus pectorales tan marcados que me excitó más. Paso sus manos por mi espalda y quito mi sostén, mis senos quedaron al descubierto y él los empezó a lamer con la punta de su lengua...

Desabroché su pantalón, sus bóxer quedaron al descubierto, note su pene algo duro lo cual me encantaba.

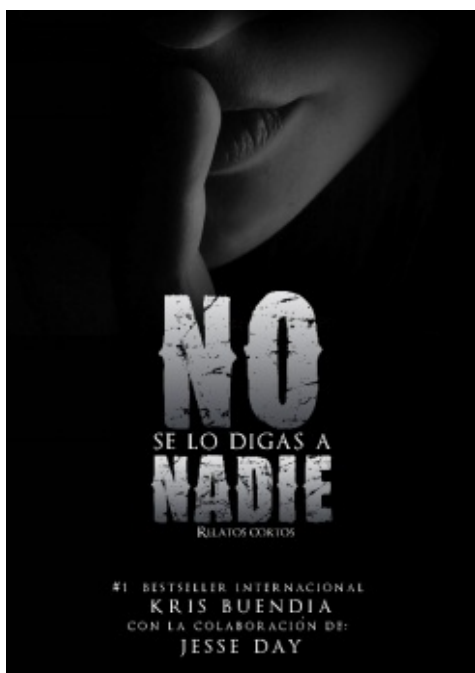
Metió sus manos por debajo de mi falda y bajó mis bragas, yo le quité sus bóxer y arrodillada y él de pie empecé a lamerlo como nunca, él gemía de vez en cuando no aguantaba más ni él ni yo, metió sus dedos en mi sexo, mientras yo gemía y quería algo más...él sabía.

Abrió mis piernas se puso sobre mi pecho y empezó a entrar despacio y luego con fuerza.

Él me besaba desesperado pidiéndome más. Así duramos una hora aproximadamente.

Luego los dos empapados de sudor descansamos.

Y mis malas notas... eso podía esperar.



Advertencia:

Algunos relatos pueden contener Violencia o situaciones sexuales que se pueden considerar realistas y crudas, aparición de delitos y brutalidad, drogas y lenguaje no apropiado. Leer bajo su propia responsabilidad.

➡ Género: Ficción.

Kris Buendia & Jesse Day.

JESSE DAY
&
KRIS BUENDIA



NO ABRAS LOS OJOS

Todos le tememos a algo por muy valiente que pienses que eres. La vida te sorprende, tú jamás la sorprenderás a ella.

A mí la vida nunca me sorprendió.

Hasta ese día.

Llegar de la escuela y hacer los deberes no era nada divertido, pero tampoco había mucho por hacer. Y más si eres la hermana menor de dos hermanas más.

Le había temido a muchas cosas durante el pasar de los años. Una de ellas, era que le temía dormir sola en mi habitación.

Los largos viajes de mi padre eran la excusa perfecta para compartir la cama con mamá.

Ella cepillaba mi cabello y susurraba cosas dulces al oído. El temor se iba por un momento y cuando abría los ojos, volvía a sentir miedo de lo que miraba.

Nadie envidia a un ciego o a un sordo.

Yo deseaba ser ambos.

No escuchar lo que me hacía abrir los ojos.

No sucedía todas las noches, pero pasaba lo suficiente para no querer abrirlos durante horas, o quizás jamás.

No podía quedarme en mi habitación. Ahí también escuchaba ruidos extraños. Dormir con mi madre no era tan malo. Solamente no tenía que abrir mis malditos ojos.

Pero fallaba.

Esa noche mamá acarició mi cabello hasta que me sumergí en un profundo sueño.

Seguramente ella no sabía nada. Pero no era inteligente tampoco. El susurro de sus labios que hacía que cerrara mis ojos para dormir, solamente me recordaban lo que estaba a punto de suceder.

Hubo un breve silencio. Estaban las luces apagadas, pero la luz de la ventana era su peor enemiga y la que siempre la delataba.

La puerta se abrió y se cerró enseguida. Los pasos no eran desconocidos ni aquella voz.

Era todo familiar, lo que lo hacía doloroso.

La cama se hundió y contuve mi respiración. No sé por qué lo hacía.

No sé por qué todo estaba ensayado.

La puerta, los pasos y la cama.

Quería quedarme dormida, ignorar de nuevo el ruido, los roces y el movimiento que hacía la cama conmigo.

Sólo había una regla.

NO ABRAS LOS OJOS.

fallé.

Dos cuerpos desnudos a mi derecha. Fornicando.

La palabra fornicar la había aprendido ese día en la escuela, pero jamás una niña de diez años la diría en voz alta.

¿Quién le creería?

La niña de diez años miraba a su madre fornicar casi todas las noches. No solamente la miraba, la sentía, la escuchaba, sino que también callaba.

¿Mi padre había regresado esa noche?

No. Ni todas las veces anteriores que abrí mis ojos.

...

Era momento de volverlos a cerrar. Ya no escuchaba esos sonidos y la cama tampoco se movía. Como lo dije, era como si todo estaba ensayado. Pero esa noche algo cambió.

—No solamente tenía que mantener mis ojos cerrados, nadie me avisó que también debía cubrirme los oídos.

Me voy a casar con tu hija.

La puerta se cerró esa noche y al día siguiente hubo una boda que preparar para una de mis hermanas mayores.

Mi madre guardó el secreto y yo también, ahora te toca a ti hacerlo.

Al menos antes de la boda no se lo digas a nadie.

FUISTE TÚ

—Vives en el pasado.

—Sí. Es más seguro. Allí ya todo sucedió.

Sabía que no entendería nada. Hablaba conmigo misma a través del espejo. En realidad no era un espejo. Era más bien uno de los viejos y sucios vidrios de la ventana. Ventana que rompí con mi cabeza cuando me lanzó hacia ella porque me negaba a abrir mis piernas esa noche para él.

Estaba sucia.

Débil.

Desde luego nada atractiva. El vestido blanco de flores color lila que usaba meses atrás había dejado de quedarme.

Ahora lo odiaba cada vez que lo miraba.

Nunca había sido tan feliz en mi vida. Me había enamorado y era correspondida. Sé que jamás llegaré a conocer a alguien como él y tampoco volveré a ser feliz. Nadie en mi posición puede hacerlo. No después de haber perdido a ese mismo amor.

Cada día, viene a mi mente cada momento que pasamos juntos. A veces no sé si estoy soñando o es parte de mi delirio.

Prefiero pensar en lo primero. Soñar es lo único que me ha mantenido viva en el cautiverio en el que estoy sometida desde... Ya he perdido la cuenta. Las marcas de los días han desaparecido por las manchas de sangre y ya no puedo distinguir entre el día y la noche.

No puedo salir de aquí, he perdido mi voz de tanto gritar y ya no me atrevo a abrir de nuevo mi boca.

He despertado y esperado por horas, pero la persona que me trajo aquí no se ha hecho presente.

También perdí la cuenta de eso.

El estómago me duele y me he olvidado si es de hambre o la incomodidad de dormir en el concreto.

La puerta está frente a mí y sé que puedo correr. Pero cuando lo intento, es inútil. Mi mente se mueve pero mis pies no.

Solamente quiero cerrar mis ojos, pero me doy cuenta que ya los tengo cerrados. De nuevo vuelvo a soñar, y mi sueño se convierte en pesadilla. Aquella tarde con mi vestido blanco de flores color lila le dieron una razón para acercarse a mí, una buena razón para enamorarse y otra para quedarse el tiempo necesario antes de perderlo.

Era el amor de mi vida. Y lo perdí.

Él Murió.

Pero no dije cómo.

Nunca pregunté por qué esperó tanto tiempo para hacerlo. Hubiese sido más fácil desde el primer día, pero esperó días, meses, años.

El conteo, los sueños y recuerdos te pueden mantener cuerdo. Pero no es mi caso, aunque ya no importa.

El golpe de una puerta que ha sido derribada fuera de la habitación oscura en la que me encuentro, se convierte en mi nuevo sonido favorito.

Es cuestión de segundos para que derriben la que tengo frente a mí.

Y sucede.

La luz no quema mis ojos por suerte y puedo ver a los que han venido a rescatarme.

—Encontramos el cadáver.

Sí, me han encontrado.

Ahora sé por qué no podía moverme y por qué perdí el conteo de los días.

Ahora ya saben dónde estoy y pronto iré a casa. No pude esperar más, lo intenté. No te pediré que no se lo digas a nadie, pero si el amor de mi vida regresa dile que viví.

¿Cómo murió?

Fue él quien acabó con mi vida al encerrarme aquí, desde ese día murió para mí, fue él, fuiste tú.

MI PRIMERA VEZ

Si hablamos de primeras veces no vayas a creer que se trata de la primera vez que cogí con alguien, o la primera vez que fui besada.

Esto que te contaré es algo peor. Mi primera vez.

Mi primer contacto con aquello que pensé que deseaba.

Desde niña me gustaba la pornografía. Ni siquiera me había crecido el vello púbico cuando mis dedos estaban tocando la rosada y sucia carne de mi sexo.

Tenía nueve años.

Ahora que veo por la calle a una niña de esa edad me pregunto si no estará tan jodida como lo estuve yo.

Pero te seguiré contando.

Nunca había visto a alguien tener sexo en persona.

Tampoco un miembro masculino.

Ni siquiera sabía que un pene podía lucir así de atractivo. La cabeza hinchada y húmeda. Los testículos grandes y colgando.

¿Sabes el sonido que hacen en los muslos de una mujer?

Desde luego que sí...

Tenía nueve años y solamente quería saber qué se sentía. El placer en sus rostros y sus gemidos. Con el tiempo me di cuenta que todo era un acto, eran actores después de todo y les pagaban por tener sexo alrededor de más de diez personas.

Pero yo no fingí...

Mis pequeños dedos hurgaban sin penetrar porque me dolía.

Los movimientos cada vez se hacían más violentos. Y donde antes había inocencia, la perversión ocupaba lugar.

Era una niña al momento de apagar el ordenador.

Pero no ese día...

Él no tenía un pene grande.

Él nunca me había deseado.

Él era violento.

Él no pidió permiso.

Se colocó sobre mí y deslizó su pequeño miembro por mi pequeña y ya no tan inocente abertura. Aunque sin ser penetrada, jamás había tenido un pene "Ahí" y tampoco quería tenerlo.

Al menos no el de Él.

Y tampoco a la edad de nueve años.

Empezó a moverse cada vez más rápido.

Sus gemidos no eran como en las películas porno. Mis gemidos tampoco.

No grité no porque no pudiera, sino porque no quería hacerlo.

Estaba empezando a sentirme extraña. El escalofrío se apoderó de mí. Los dedos de mis pies se entumecieron y unas pequeñas convulsiones lo asustaron.

Mi cuerpo estaba cansado y la mirada la tenía perdida.

Deslicé mis dedos hasta mi sexo para cerciorarme de que todo estaba bien y que seguía siendo una niña.

La niña de nueve años había sido marcada ¿Y Él?... No lo sé.

El aire regresó a mis pulmones.

Él se subió los pantalones y cubrió mi cuerpo con mi sábana. Se acercó a mi rostro, pero continuó hasta llegar a mi oído para susurrarme:

-No se lo digas a nuestros padres.

No lo hice.

Te lo digo a ti, pero tú no se lo digas a nadie.

TRES CERO TRES

2:31 a.m. No quiero escribir en un mundo donde pensar en lo doloroso se ha convertido en una película vieja. Que al recordarla es como volver a sentir esos golpes que abren tus heridas.

2:32 a.m. No quiero escribir en un mundo donde ver una fotografía o sentir un viejo aroma, te desboca el corazón y la esperanza de seguir creyendo.

2:33 a.m. No quiero escribir en un mundo donde hay que luchar entre si debes ser fuerte por ti o para no preocupar a los demás.

2:34 a.m. No quiero escribir en un mundo donde las personas empiezan a creer más en los chismes, pero dejan de creer en la fe y en ellos mismos.

2:35 a.m. No quiero escribir en un mundo donde la última decisión la debes tomar basándote en el bienestar de otros y no en lo que realmente quieres.

2:36 a.m. No quiero escribir en un mundo donde unos ríen por sus logros sin ser agradecidos, mientras que otros te ayudaron a conseguirlos.

2:37 a.m. No quiero escribir en un mundo donde nadie creyó en mí y sé burló muchas veces. Me dieron la espalda y al final extendieron sus manos para recibir aquello que no se ganaron.

2:38 a.m. No quiero escribir en un mundo donde no me apasiona crear una historia usando el dolor de otra.

2:39 a.m. No quiero escribir en un mundo donde luchar por tus sueños significa decepcionar a otros por no complacer los suyos.

2:40 a.m. No quiero escribir en un mundo donde ver las cuatro paredes me recuerda mi propia cárcel.

2:41 a.m. No quiero escribir en un mundo donde defender tus derechos sea firmar tu sentencia de muerte.

2:42 a.m. No quiero escribir en un mundo donde no existe el perdón, pero sí la obligación de ofrecer la otra mejilla.

2:43 a.m. No quiero escribir en un mundo donde la palabra -Luchar- se confunda con -Rogar-.

2:44 a.m. No quiero escribir en un mundo donde la palabra -Amor- se confunda con -Soportar-.

2:45 a.m. No quiero escribir en un mundo donde la palabra -Enseñar- se confunda con -Arrogancia-.

2:46 a.m. No quiero escribir en un mundo donde recordar no te haga sonreír ni extrañar y más bien se convierta en tu maldición.

2:47 a.m. No quiero escribir en un mundo donde duele más sonreír que llorar en silencio.

2:48 a.m. No quiero escribir en un mundo donde estás para todos y nadie para ti.

2:49 a.m. No quiero escribir en un mundo donde quien lleva la biblia bajo su brazo sea admirado y no aquel que conoce más la palabra, la aplica y no puede comprarse una.

2:50 a.m. No quiero escribir en un mundo donde el héroe es marginado y el que tiene poder es retribuido.

2:51 a.m. No puedo escribir en un mundo donde "Vestirse bien" tiene más valor que sentirse bien.

2:52 a.m. No quiero escribir en un mundo donde tu pluma vale lo que vendes que la historia que quieres contar.

2:53 a.m. No quiero escribir en un mundo donde te pisotean y tienes que fingir que no te das cuenta para que no lo hagan más.

2:54 a.m. No quiero escribir en un mundo donde tu pasión se convierta en un negocio que enriquece a otros.

2:55 a.m. No quiero escribir en un mundo donde admires a aquellos que te ven como una amenaza.

2:56 a.m. No quiero escribir en un mundo donde ya rendirse no es tu peor miedo sino una opción.

2:57 a.m. No quiero escribir en un mundo donde caerse y levantarse sea la mejor obra que mostrar.

2:58 a.m. No quiero escribir en un mundo donde lo cliché esté de moda y lo diferente sea "No lo recomiendo".

2:59 a.m. No quiero escribir en un mundo donde el éxito sea el reclutamiento de tus verdaderos amigos y algunos familiares.

3:00 a.m. No quiero escribir en un mundo donde no sepas diferenciar la soledad con estar cansado.

3:01 a.m. No quiero escribir en un mundo donde lo que tienes es el valor de lo que vales.

3:02 a.m. No quiero escribir en un mundo donde nada puede lastimarte, siempre y cuando tengas los ojos cerrados.

3:03 a.m. No quiero escribir y no quiero vivir en un mundo, en un lugar donde me siento más seguro(a) en las cuatro paredes que me recuerdan mi cárcel, que salir al mundo exterior y ver cómo poco a poco se mueren mis sueños junto con el de miles de personas. Mientras que millones, se sientan y observan (Sí es que tienes suerte) Porque el otro billón se sienta, observa, se ríe, se lucra, se burla, te humilla, te miente, te utiliza, te engaña o se matan unos a otros por sueños fugaces y guerras absurdas. Olvidando que vinimos a este mundo solamente a una cosa: Escribir nuestra historia.

No sé lo digas a nadie o dale vuelta al reloj.

CENA PARA CUATRO

El restaurante tiene un patio interior, con las paredes enrejadas cubiertas de jazmines. En verano, sacan al patio mesas para que los que acuden a cenar disfruten del frescor de la noche; mesas con manteles blancos en las que luce un velón encerrado en una esfera de cristal. Esta noche, corre un poco la brisa que, desde el crepúsculo, esparce el aroma de las flores blancas cuyo nombre en árabe es “regalo de Dios”. No hay mucha gente, tal vez por encontrarse mediada la semana, que obliga a recogerse pronto para no hacer aún más duro el madrugar de los que trabajan en julio. Sólo se ven desperdigadas por aquí y por allá mesas ocupadas, casi todas ellas por enamorados.

En un rincón del patio, una pareja habla en susurros. O, más bien, debería decir que es él el que habla; ella sólo escucha. Han llegado por separado: primero él y, luego, ella. Apenas se han saludado con un beso en la mejilla, como si el pudor les impidiese mostrar su pasión en público. La conversación ha empezado enseguida, aún antes de que les traigan la cena. Primero, en un tono sosegado, casi frío, me atrevería a decir yo. Ella picotea migas de pan, que desmenuza mientras pone atención a las palabras de él.

Ya en el primer plató, la emoción de la conversación adopta un tono acalorado. Él gesticula al hablar, como si quisiese hacerse entender mejor; ella pasea su mirada empañada por el patio, más para huir de sus sentimientos que para apreciar la belleza de los jazmines.

En el segundo plato, es ella la que habla. Las frases le salen entrecortadas, como si quisiese contener el llanto. Él niega con la cabeza, con las manos, y, hasta su cuerpo parece querer rebatir las palabras de ella. Apenas tocan las exquisiteces del plato, quitándose las palabras de los labios. Cuando llega el postre, una lágrima se desliza por la mejilla derecha de ella, sin que haga nada por impedirlo. Él intenta enjugársela con el dorso de su dedo índice, más ella retira la cara. Él posa su mano sobre la de ella y allí la deja descansando. Las frases han dado paso al silencio y el fragor de la emoción, a la tristeza.

Es la primera vez que se ven. Él ha encontrado su teléfono en la agenda de su esposa y la ha citado para contarle que ha descubierto que el marido de ella y la mujer de él son amantes.

MUÑECA ROTA

Ella vende su cuerpo como si fuera artesanal, sonríe en el espejo y simula ser artista. Veinte dólares cuesta sus pies de porcelana, treinta su piel de caolín, cincuenta cuestan sus pechos de nácar; su cuerpo entero cuesta casi el precio de una esmeralda. Incluso podría ofrecer de gratis una sonrisa plástica o un beso metálico. Pero nadie paga su corazón de cristal, porque a la gente no le gustan las cosas quebradas. Los hombres quedan cautivados en su esencia, pero como un perfume barato se embriagan en su olor y la desechan, para ellos no es más que algunos papeles de su billetera.

Ella se exhibe cual obra de arte, sus curvas parecen líneas sensuales del neoclásico y su rostro parece una escultura griega. La gente por la calle la mira con ojos cruzados.

—Ahí va el témpano- dicen- La mujer de la calle, la muñeca de asfalto.

Ven en sus ojos el brillo de la fiebre del oro pero al cambiar la mirada salen volando dos calcomanías doradas que tenía en su rostro, ella intenta con sus dedos pulir su pupilas pero solo tiene el vacío de los ojos huecos y el negro de su alma.

Va desprendiendo alegría y seguridad.

—¡La gente me envidia! —exclama, pero la alegría que deja atrás no regresa a ella, solo se va.

Ella sonríe mientras estira sus manos bañadas en bronce, él la ve en la distancia. Tiene puesto un vestido de fuego y de momento la confunde con un príncipe negro.

Él viene en la carroza a recoger a Cenicienta y parece haberla encontrado con todo y sus zapatillas.

—Hola ¿Vienes?

Ella no habla, solo entra junto a él y aprieta sus labios, no es necesario hablar, en el lenguaje del cuerpo están de más todas palabras.

Entran al castillo con algo de distancia y en la alcoba sábanas blancas resaltan.

—Déjame ver la mercancía- Dice él

Entonces ella se quita la envoltura y las cintas de colores, no hace falta enseñarle la etiqueta, no es primera vez que él compra una muñeca. La mira y se deleita por un instante; pero la tentación le gana.

Agarra la muñeca y la estruja contra las sábanas, sus manos evalúan su cuerpo, pero ella tiene frío; tiene el alma de hielo y la mirada azul.

La pone en la hoguera y ella simula derretirse pero sus gemidos y sus movimientos son ensayados.

Se escucha un te amo que quedaba en el cuarto como un eco de tantas otras veces que probaron su cuerpo.

Bailan al ritmo de una canción que jamás fue romántica y que posiblemente nunca haya sido canción. Él la llena con el extracto de su aventurera pasión y ella se sigue sintiendo vacía.

Él se levanta, se viste, y antes de marcharse deja sobre la mesa el pago de lo que compró. Ella lo toma en sus manos y lo mira, sus ojos dan vueltas por la habitación, mira el reloj y finalmente se pone el dinero entre los senos para simular un corazón.

Él no se lo dirá a nadie... Nunca lo ha hecho.

JESSE DAY
&
KRIS BUENDIA



www.krisbuendiaautor.com

Sitio Oficial

©Kris Buendia



Kris Buendia, nació el 26 de Junio de 1991, Hondureña. Escritora dando un paso a la vez. Escribo porque no me fío de mi memoria, voy desempolvando sueños para crear mis propias historias y hacer soñar a otros.